



UNIVERSIDAD AUTONOMA DE NUEVO LEON

**FACULTAD DE FILOSOFIA Y LETRAS
DIVISION DE ESTUDIOS SUPERIORES**

**EL TIEMPO SOCIAL DE TRABAJO (ASPECTOS METODICOS
DE SU ANALISIS)**

TESIS

Que para obtener el Grado de:
MAESTRO EN METODOLOGIA DE LA CIENCIA

p r e s e n t a:

ANGEL CARAVEO ORUETA

Monterrey, N. L.

Octubre de 1986

TM

HD69

C3

c.1

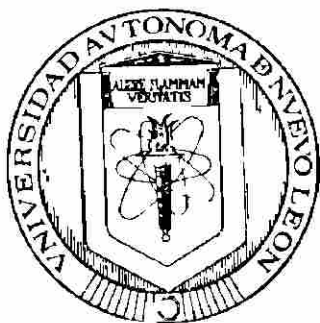


1080071479



UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN [®]
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



UNIVERSIDAD AUTONOMA DE NUEVO LEON

**FACULTAD DE FILOSOFIA Y LETRAS
DIVISION DE ESTUDIOS SUPERIORES**

**EL TIEMPO SOCIAL DE TRABAJO (ASPECTOS METODICOS
DE SU ANALISIS)**

UANL

T E S I S

Que para obtener el Grado de:
MAESTRO EN METODOLOGIA DE LA CIENCIA

p r e s e n t a:

ANGEL CARAVEO ORUETA

BIBLIOTECA "JOSE ALVARADO"

Monterrey, N. L.

Octubre de 1986

6



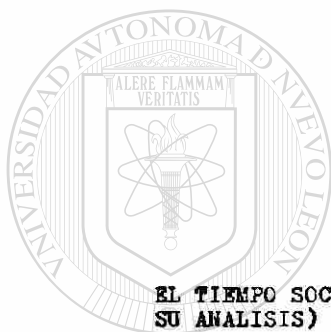
UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

®

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
Facultad de Filosofía y Letras
DIVISION DE ESTUDIOS SUPERIORES



EL TIEMPO SOCIAL DE TRABAJO (ASPECTOS METODICOS DE
SU ANALISIS)

UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

®

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

TESIS QUE PARA OBTENER EL GRADO DE MAESTRO
EN METODOLOGIA DE LA CIENCIA, PRESENTA
ANGEL GARAVEO ORUETA.

Monterrey, N. L., Octubre de 1986.

INDICE

| | |
|---|----|
| Introducción | 4 |
| I. Un apunte sobre los límites del capital | 7 |
| II. Capital y socialismo o el ciclo histórica del tiempo de trabajo | 25 |
| III. Trabajo productivo e improductivo (una aplicación metodológica de la teoría del valor) | 45 |
| IV. Capital y ecología o los límites naturales del tiempo de trabajo | 77 |
| A modo de conclusión | 89 |

| | |
|------------------------|----|
| Bibliografía | 92 |
|------------------------|----|

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

INTRODUCCION

El trabajo que en las siguientes páginas ofrecemos, es el resultado de la búsqueda teórica en las obras fundamentales de Marx. Cuando un poco por azar, emprendimos esta búsqueda, no teníamos una idea anticipada de lo que de ella se podría obtener, como tampoco de los puntos sobre los cuales sentimos la pertinencia de decir algo. Fue así como nacieron estos ensayos, que a nuestro modo de ver, se ocupan de un solo tema: el tiempo social de trabajo. Era el momento en que el marxismo empezaba en la universidad mexicana, por la vía del estudio de las obras clásicas. Se había llegado al convencimiento de que las obras de divulgación, no podían suplir el estudio de las fuentes. Sólo de pasada diríamos que tal momento, corría al parejo de la problemática política que acompañaba y aun continúa acompañando, la vida económica y política de este país. Y ante los problemas por explicar, se sentía la necesidad de afinar las herramientas del conocimiento. Puede decirse que esta etapa del conocimiento universitario del marxismo ha concluido o está por concluir, y por lo mismo, reconocemos que nuestros escritos tienen un marcado acento académico. Dicho de otro modo, la teoría no puede suplir la acción política de las masas en un cierto momento histórico. Es más bien esta última, una condición para el desarrollo de la teoría, por aquello de que no hay mejor libro que el libro abierto de la vida social.

Y tanto en el momento de investigar los puntos abordados, como en el de redactar los trabajos, nos hemos encontrado que sólo para efectos de orientación general, puede hablarse del método científico separado

de la cosa concreta que se esté analizando. La validez del método científico sólo puede derivar de su capacidad de servir en la explicación del tema que se esté investigando. Por lo tanto, método y conocimiento conforman una unidad interinfluyente, que debe renovarse en cada propósito de investigación. Si así no fuera, la práctica de la investigación sería harto simple, aunque más bien es ese grado de dificultad el que le otorga su razón de ser.

Por otro lado, no creímos de mayor mérito repetir los principios generales del método científico, o los pertinentes a la investigación en la ciencia social o en el campo de la economía. Son bastante conocidos, y la literatura sobre el tema es a no dudar abundante. Por eso nos pronunciamos por la alternativa menos manoseada: tratar de por lo menos clarificar algunos puntos en los que a nuestro juicio, era dable hacerlo. La construcción del conocimiento científico, pareciera una especie de pirámide sin fin. Se va erigiendo sobre incontables ladrillos, que no tendrían otra pretensión que la de ser elementos componentes de la gigantesca construcción. Todo antecedente sirve, y todo esfuerzo presente también es útil, aunque no le fuera dable llegar a las grandes alturas.

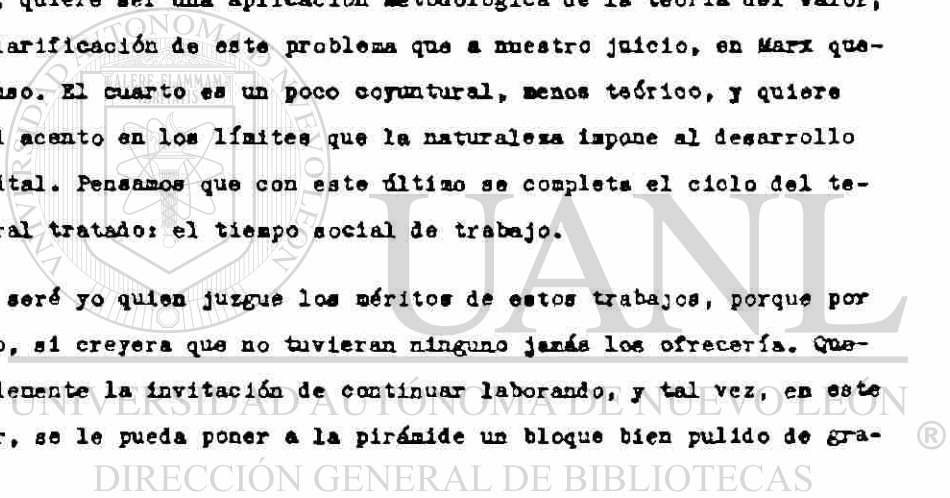
Por lo dicho, estos trabajos no pretenden ser una obra maestra. El primero, que habla sobre los límites histórico-económicos del capital, surgió al leer unas proposiciones de Marx donde habla expresamente de tales límites. La idea que tuvimos al leer esto, es que se decía dema-

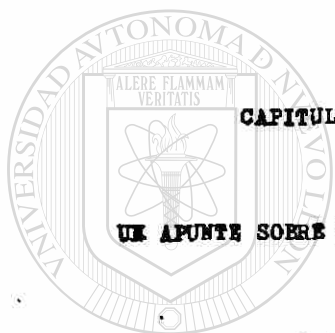
siado en muy pocas y demasiado abstractas líneas, por eso pensamos que se podía digerir un poco más el planteamiento. El segundo, que habla del gran ciclo histórico del tiempo de trabajo, tuvo un nacimiento similar, aunque en él enriquecemos el texto con elementos filosófico-metodológicos. El tercero, que habla sobre el trabajo productivo e improductivo, quiere ser una aplicación metodológica de la teoría del valor, en la clarificación de este problema que a nuestro juicio, en Marx queda confuso. El cuarto es un poco coyuntural, menos teórico, y quiere poner el acento en los límites que la naturaleza impone al desarrollo del capital. Pensamos que con este último se completa el ciclo del tema general tratado: el tiempo social de trabajo.

No seré yo quien juzgue los méritos de estos trabajos, porque por supuesto, si creyera que no tuvieran ninguno jamás los ofrecería. Queda simplemente la invitación de continuar laborando, y tal vez, en este batallar, se le pueda poner a la pirámide un bloque bien pulido de granito.

ACO

Octubre de 1986





CAPITULO I

UN APUNTE SOBRE LOS LIMITES DEL CAPITAL

El tiempo es el elemento en que se desarrollan las dotes humanas.

Carlos Marx

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Carlos Marx empeñó toda su vida en dejar concluida su obra de ciencia. Sabía que se imponía como necesidad, para facilitar al proletariado la tarea de revolucionar el régimen capitalista. Es a partir de su elaboración teórica, cuando se fundan las bases para el desarrollo científico de la Economía Política, y de las disciplinas que desde diversos ángulos estudian las relaciones sociales entre los seres humanos. Nace pues, la ciencia social, cuando a la sociedad humana le es dable cuantificar el tiempo de trabajo socialmente necesario para la producción de los bienes materiales que la misma sociedad necesita para su conservación y reproducción. Es cierto que tal cuantificación, bajo el capitalismo, se realiza a través de un mecanismo de derroche y desajustes, pero es indudable que se hace. El proceso integrador que el propio capitalismo impulsa, se impone a los agentes de la producción como obedeciendo a leyes ciegas e incontrolables.

Pero a pesar del gigantesco esfuerzo, Marx no pudo dar término a su obra. Tal circunstancia ha servido a los enemigos del socialismo, para declarar repetidas veces que el marxismo ha pasado de moda o que su estructura conceptual es científicamente ineficaz para explicar los problemas del capitalismo de nuestros días. Sin embargo, existen en la obra de Marx, particularmente en el tomo uno de lo que en castellano se conoce como Elementos fundamentales para la crítica de la economía política, planteamientos de lo más profundo de su teoría económica, que hacen decir a Martín Nicolau que es "la única obra de economía política verdaderamente completa escrita por Marx". Aquí se contien-

dría, a juicio de Nicolaus, la teoría del capitalismo desde sus orígenes hasta el derrumbe del sistema (1). Intento en estas líneas, poner de manifiesto puntos de esos elementos básicos de la teoría marxista del capitalismo, que permiten a Marx llegar a la conclusión de la inexorable superación del régimen capitalista.

Nunca será ocioso precisar que el marxismo es una ciencia y como tal, su estudio y desarrollo no puede dejarse a la improvisación o a la ocurrencial elaboración de conceptos que no llegan a ser verdaderas categorías económicas. Una palabra irónica, un afortunado giro literario, sólo ayudan formalmente al desarrollo del discurso teórico, pero no pueden suplir la argumentación analítica. Por otro lado, la simple propaganda con todo y que es lo más digerible para las grandes masas, contribuye poco al desarrollo científico del marxismo. La mejor forma de hacer la crítica de las posiciones ideológicas de la burguesía, es desarrollar con todo rigor científico las posiciones teóricas marxistas. De otra manera la crítica no rebasa el marco de la polémica, con su carga emocional, enteramente prescindible para el ejercicio científico.

Lo fundamental en toda sociedad es la forma de existencia histórica de su tiempo de trabajo. A medida que la sociedad se desarrolla, el tiempo de trabajo debe cubrir las necesidades de los que trabajan y de su prole, y en un estadio posterior, con la irrupción de las clases, también las necesidades de la clase dominante. Desde este momento, la historia de las sociedades humanas es la historia de la apro-

piación del tiempo libre generado por el incremento de la productividad del trabajo.

Al parejo que la sociedad se desarrolla, aumenta la productividad del trabajo y crece todavía más, si al trabajador se le dota de los medios necesarios para la realización del trabajo. Pero los medios necesarios para la realización de éste, no son más que tiempo de trabajo acumulado. La posesión de estos medios de producción, proporciona a sus poseedores el dominio sobre el conjunto social. Los medios de producción y la complejidad creciente de los mismos, siempre habrán de acompañar al desarrollo de la división del trabajo y su productividad. Sólo bajo el régimen capitalista, se da la ruptura entre el trabajo pasado convertido en medios de producción y el trabajo vivo, con lo cual también se separan el tiempo de trabajo y el tiempo libre, es decir, tiempo de no trabajo. En tanto bajo este régimen de producción, el tiempo social de trabajo asume la peculiar forma del intercambio de mercancías, la jornada laboral también se divide en trabajo excedente y trabajo necesario. Y como la propiedad sobre los medios de producción pertenece a los capitalistas, siendo la finalidad de éstos incrementar el capital con la absorción de tiempo de trabajo, el tiempo social de trabajo queda subordinado al tiempo de trabajo excedente. El tiempo social de trabajo y el tiempo de trabajo necesario, quedan congeñados por la dinámica del desarrollo del capital, por su proceso de valorización que imprime su sello en el uno y en el otro. A la larga, sin embargo, la tendencia del tiempo social de trabajo, o sea, el po-

tencial productivo global, habrá de imponerse, racionalizando tiempo libre y tiempo de trabajo.

El tiempo social de trabajo, el tiempo libre y el tiempo de trabajo necesario, no han sido ni serán los mismos para todas las sociedades humanas. Sus diversas modalidades están determinadas, por el carácter que históricamente revista la propiedad sobre el tiempo pasado de trabajo, es decir, por el carácter de la propiedad sobre los medios de producción. La función desempeñada por éstos define la composición de las clases sociales en los diferentes estadios del desarrollo histórico. El tiempo social de trabajo está determinado por el grado de eficacia productiva alcanzado por el trabajo y por la ampliación multilateral de las necesidades humanas. En estadios inferiores del desarrollo social, el tiempo de trabajo cuenta poco, tiene pocos destinos y produce poco. Sin mínimas y elementales las necesidades por satisfacer, e incluso no se conforma aún como tiempo social de trabajo; es decir, perteneciente y disponibles para una determinada comunidad. Aquí, como dice Marx, "el tiempo de trabajo necesario ((...)) está limitado no porque el trabajo sea productivo, sino porque es poco necesario" (2). Con el aumento de la fuerza productiva del trabajo, que en sociedades anteriores al régimen capitalista fue un proceso extraordinariamente lento, se amplía el tiempo social de trabajo, el tiempo libre y tiende a disminuir el tiempo de trabajo necesario.

Pero el tiempo de trabajo necesario bajo el régimen del capital, no es precisamente el mismo que el que correspondería a un régimen so-

cial no fundado en el capital. Lo que el capital determina como tiempo de trabajo necesario, tiempo social de trabajo y tiempo libre, está condicionado por su proceso de valorización, es decir, por la necesidad de incrementar incesantemente el capital. Aquí, el tiempo de trabajo necesario, sólo cubre las necesidades históricamente condicionadas de la población obrera y su reproducción. Podría pues, darse el caso de que el tiempo de trabajo necesario requerido socialmente, es decir, en un marco no capitalista, fuera mayor a pesar del incremento registrado en la productividad del trabajo. Es lo que sucede, por ejemplo, cuando una determinada formación social, rompe las estructuras capitalistas; se necesitan brazos, se requiere tiempo de trabajo necesario. El mínimo indispensable para toda la población trabajadora es distinto cualitativa y cuantitativamente, en un marco capitalista o fuera de él. No puede reducirse a la mera satisfacción de necesidades primarias como el comer, el vestir, etcétera. Un ser humano cultivado modifica en correspondencia su patrón básico de consumo.

El tiempo social de trabajo es una condición natural a todas las sociedades humanas; responde siempre al grado de desarrollo alcanzado por la productividad del trabajo. Sin embargo, para una comunidad escasamente desarrollada cuenta menos su tiempo de trabajo; pondera en menos el empleo del mismo. Lo que en estadios elementales del desarrollo histórico se presenta como tiempo libre, no es propiamente conquista de la productividad del trabajo, sino bajo nivel en el desarrollo multilateral del ser humano. El tiempo de ocio así obtenido no reviste para el hombre las posibilidades de goce y disfrute en que sí se tra-



duce el tiempo libre resultado de la potencia productiva del trabajo. Por otro lado, el sentido del tiempo libre de que dispone un salvaje, es enteramente distinto del que pueda tener para un civilizado. El tiempo libre es resultado genuino del desarrollo social; es conquista legítima de la productividad social del trabajo. Y por eso mismo su gozo y disfrute está condicionado por la correspondiente etapa histórica del desarrollo social. Dicho con una ilustración: no disfruta de la misma manera ni con igual intensidad su tiempo libre, un burgués o un proletario. Para éste representa en una muy buena proporción, tiempo de preocupaciones, angustias, apremios, limitaciones, etcétera. O bien, tiempo copado por la publicidad comercial, incitando siempre al consumo y, por consiguiente al trabajo, a masas ignorantzadas por la explotación.

El tiempo libre en el régimen burgués de producción, es participe de las contradicciones que acompañan al desarrollo del mismo. Para unos se convierte en tiempo de desperdicio; para otros, los desocupados, en tiempo libre forzado. Digamos que lo que la desocupación expresa en parte bajo el régimen del capital, es tiempo libre ganado por el incremento de la productividad del trabajo. El capital, al separar al trabajador de las condiciones y medios para la realización del trabajo, trastrueca aquélla conquista social en tiempo de privaciones y miseria sin fin. Si el plusproducto social se distribuyera socialmente, es decir, si es abolida la propiedad privada capitalista, el tiempo libre que aparece transformado en desocupación, recibiría lo correspondiente por su contribución a la generación de la riqueza social.



Pero hay todavía más. El régimen del capital trastorna la relación entre tiempo social de trabajo, tiempo libre y tiempo de trabajo necesario. El tiempo libre, vista la cosa desde el ángulo del trabajador, aparece aquí transformado en plust tiempo de trabajo, el cual debe también transformarse en plusproducto y, por tanto, en plusvalor. El tiempo social de trabajo queda subordinado a la suerte que pueda correr el plust tiempo de trabajo, plusproducto o plusvalor. Esto significa que el tiempo social de trabajo, queda condicionado por el comportamiento del mercado capitalista. En tanto aquí la producción no está al servicio del hombre sino el hombre al servicio de la producción, el tiempo social de trabajo se desarrolla, se intensifica o se extingue, atendiendo sólo a las posibilidades de venta con ganancia de lo producido; o lo que es otra faceta de lo mismo, a la sustitución forzada de productos cuya vida útil no se ha agotado, pero que resulta necesario al capital sustituirlos. Es obvio que aquí se emplea tiempo social de trabajo que en otras condiciones de producción podrían canalizarse de diferente manera. La obsolescencia artificial de productos es, pues, un derroche de tiempo social de trabajo. Pero el tiempo de trabajo necesario también queda subordinado a lo que pueda pasar con el plust tiempo de trabajo o plusvalor. Aquél no entra en funciones si éste no puede realizarse. Marx examina esto en los siguientes términos:

Por de pronto: el capital fuerza al obrero a pasar del trabajo necesario al plustrabajo. Sólo de esta suerte se valoriza a sí mismo y crea plusvalor. Pero, por otra parte, el ca-

pital sólo pone el trabajo necesario hasta tanto y en la medida en que éste sea plustrabajo y en que el plustrabajo sea realizable como plusvalor. Por consiguiente, pone el plustrabajo como condición del trabajo necesario, y el plusvalor como límite del trabajo objetivado, del valor en general ((...)) De modo que el capital limita al trabajo y a la creación de valores, y precisamente por el mismo motivo y en la medida en que pone plustrabajo y plusvalor. Conforme a su naturaleza ((...)) pone al trabajo y a la creación de valores una barrera, la cual contradice su tendencia a ampliarlos desmesuradamente (3).

El régimen del capital es la conversión del tiempo de trabajo en mercancía. La teoría del valor, es la teoría del tiempo de trabajo en un estadio determinado del desarrollo social. El capital sólo se incrementa sustrayendo y realizando plusvalor, esta determinación es su fuerza motriz y su principal limitación. El trabajador sólo cuenta en tanto pueda producir plusvalor, lo demás es, a los fines del capital enteramente irrelevante, no interesa. El plusvalor, plust tiempo de trabajo, subordina todas las modalidades del proceso productivo, incluso, la creación misma de plusvalor. No tiene sentido la generación de más plusvalía, cuando la existente no puede cumplir con el ciclo normal de rotación del capital.

Marx reflexionó mucho sobre las alternativas históricas que podrían presentarse a la producción fundada en el proceso de valoriza-

ción del capital. llega a la conclusión que son immanentes a la producción capitalista las siguientes condiciones límites:

- 1) El trabajo necesario como límite del valor de cambio de la capacidad viva de trabajo, o del salario de la población industrial;
- 2) el plusvalor como límite del plust tiempo de trabajo y, con respecto al plust tiempo relativo de trabajo, como barrera al desarrollo de las fuerzas productivas;
- 3) lo que es la misma cosa, la transformación en dinero; el valor de cambio en general como límite de la producción; el intercambio fundado sobre el valor, o el valor basado en el intercambio, como límite de la producción. Esto es:
- 4) de nuevo lo mismo, como limitación a la producción de valores de uso por el valor de cambio, o que la riqueza real tiene que adoptar una forma determinada, diferente de sí misma y por tanto no absolutamente idéntica a ella misma, para transformarse, en general, en objeto de la producción (4).

Voy a explicitar hasta donde me sea posible estas cuatro proposiciones fundamentales.

- 1) El trabajo necesario como límite del salario de la población industrial. Sólo un salario que tendiera siempre a estar por encima de lo necesario, podría expandir ince-

santemente el consumo. Esto iría contra el mantenimiento de la tasa de ganancia capitalista. Se ve claro que es una alternativa difícil de asumir por el sistema. El trabajo necesario expresado en el salario, es el mínimo histórico para mantener funcionando normalmente a la población laboral.

- 2) El plus tiempo de trabajo debe transfigurarse, transformarse en plusvalor, pasar por el mecanismo social del mercado. Si esto no se cumple o se interrumpe, el plus tiempo mismo de trabajo carece de sentido. La propia explotación, la sustracción de plusvalía, debe detenerse por lo menos temporalmente. Esto es lo que origina la recesión, los despidos de obreros. La plusvalía relativa, plus tiempo relativo de trabajo, que significa aumento de la productividad que en menor tiempo produce lo necesario para mantener a la población laboral, si no puede convertirse en plusvalor, o si las estrecheces del mercado para este último, no pueden dar salida a esa plusvalía relativa, deja de desarrollarse la productividad del trabajo. El capital sólo desarrolla ésta en tanto contribuya a su valorización.

- 3) Lo que es la misma cosa, la transformación de la producción en dinero, la exigencia de vender lo producido. Este requerimiento es un límite para el desarrollo de la



producción. La producción no tiene razón de ser si no puede transformarse en dinero, si no puede venderse.

- 4) Como limitación a la producción de valores de uso por el valor de cambio. Que la riqueza real, es decir, la producción, tiene que revestir la forma de compra y venta, para hacer posible el incremento del valor y del capital. O también que la producción, tiene que asumir la forma de valor, lo que no es asimilable a la producción misma.

La determinación fundamental del régimen del capital, es la relación entre tiempo de trabajo necesario y tiempo excedente de trabajo. En términos de esto, funciona el conjunto de las relaciones de producción. El proceso social de valuación debe atender siempre al supremo propósito de valorizar la porción de tiempo excedente de trabajo. Este es el contenido real del intercambio y del valor de cambio que le acompaña. Por tanto, el plus tiempo de trabajo está valorizado, es decir, cumple con la finalidad de aumentar el capital, cuando es doble invertir en medios adicionales de producción y en tiempo de trabajo necesario adicional. El tiempo de trabajo necesario lo es en un doble sentido: para el obrero, en tanto que lo mantiene y reproduce en condiciones normales para que siga produciendo; y para el capital, en tanto que éste no puede existir sin el trabajo asalariado. Si bien para el capital sólo cuenta su proceso de valorización, el tiempo excedente de trabajo, éste sólo puede ser obtenido poniendo a funcionar tiempo necesario de trabajo. La fuerza y la debilidad del capital se cifran en

este hecho. Cuando el capital llama al obrero al trabajo, a incrementar la producción y la productividad, obviamente no lo hace atendiendo a consideraciones morales o cualesquiera otra de tipo ideológico, sino como necesidad de su propio proceso de conservación.

Es pues vital para el capital valorizarse, lo que logra transformando el tiempo social de trabajo en mercancías. Pero la producción de mercancías, con el desarrollo de la productividad del trabajo, va requiriendo menor tiempo social de trabajo, siendo éste precisamente la medida de toda la riqueza bajo el régimen del capital. Marx lo dice de la siguiente manera:

tan pronto como el trabajo en forma directa ha cesado de ser la gran fuente de la riqueza, el tiempo de trabajo deja, y tiene que dejar, de ser su medida y por tanto el valor de cambio (de ser la medida) del valor de uso ((...)) Con ello se desploma la producción fundada en el valor de cambio ((...)) El capital es la contradicción en proceso (puesto) que se esfuerza por reducir a un mínimo el tiempo de trabajo, mientras que por lo demás pone al tiempo de trabajo como única medida y fuente de la riqueza. Disminuye el tiempo de trabajo en la forma de tiempo de trabajo necesario, para aumentarlo en la forma del superfluo; pone, por tanto, cada vez más el superfluo como condición ((...)) del necesario. Por un lado, despierta a la vida todos los poderes de la

ciencia y de la naturaleza, así como de la cooperación social y del intercambio social, para hacer que la creación de la riqueza sea (relativamente) independiente del tiempo de trabajo empleado en ella. Por el otro lado, procura medir con el tiempo de trabajo esas gigantescas fuerzas sociales creadas de esta suerte y reducirlas a los límites imprescindibles para que el valor ya creado se conserve como valor. En la medida, sin embargo, en que la gran industria se desarrolla, la creación de la riqueza real se vuelve menos dependiente del tiempo trabajado y del cuánto de trabajo empleado que del poder de los agentes puestos en movimiento durante el tiempo de trabajo, y cuya powerful effectiveness por su parte no guarda relación alguna con el tiempo de trabajo inmediato que cuesta su producción, sino que depende más bien del estado general de la ciencia y del progreso de la tecnología (5).

Si el valor es tiempo de trabajo objetivado, resulta realmente un límite para la valorización del capital el hecho de que la creación de la riqueza dependa cada vez menos del tiempo inmediato de trabajo y de la cantidad del mismo empleada en la producción. Si el trabajo que crea el valor, "ya no aparece tanto como estando incluido en el proceso de producción", sino que el trabajador se comporta ante aquél como su regulador y supervisor, se cancela, por tanto, la fuente del valor.

En esta transformación lo que aparece como pilar fundamental de la producción y de la riqueza no es ni el trabajo directo ejecutado por el hombre ni el tiempo por él trabajado, sino la apropiación de su propia fuerza productiva general, su comprensión de la naturaleza y su dominio de la misma, gracias a su existencia como cuerpo de la sociedad; en una palabra, el desarrollo del individuo social. El robo del tiempo de trabajo ajeno, sobre el cual se funda la riqueza actual, aparece como una base miserable comparada con la base recién desarrollada, creada por la gran industria misma (6).

La existencia del valor responde al hecho de que la producción sólo adquiere su carácter social a través del intercambio, pero no es conatural a la producción que asuma la forma de valor y de mercancía. Tal forma es necesaria al régimen del capital, pues sólo así realiza su proceso de incremento. Es también una necesidad a la existencia de la propiedad privada sobre los medios de producción, pues es ésta la que hace del producto social excedente, plusvalor y plusriqueza. Pero el desarrollo de la fuerza social productiva va minando, a través de la continua socialización de las condiciones para la realización del trabajo, las bases del valor y el valor de cambio. El hecho de que la producción tenga que pasar por el mecanismo de la compra y la venta, representa ya en las actuales condiciones, en que la capacidad productiva se halla altamente potenciada, y por lo mismo socializada, una

causa de fuerza para el subsecuente desarrollo de la misma producción. El proceso productivo social, choca reciamente con la finalidad del capital y la burguesía, de seguir controlando privadamente esas gigantescas fuerzas sociales.

Sin embargo, como hemos visto, el proceso de valorización necesario a la existencia del capital, tiene límites y serias contradicciones.

Cuanto más desarrollado sea ya el capital, cuanto más plus-trabajo haya creado, tanto más formidablemente tendrá que desarrollar la fuerza productiva para valorizarse a sí mismo en ínfima proporción ((...)) La autovalorización del capital se vuelve más difícil en la medida en que ya está valorizado (7).

El régimen del capital no había alcanzado el desarrollo planteado en estos términos, cuando el mundo conoció el hecho histórico de las revoluciones proletarias, populares y anticapitalistas. Esto habría de significar para el capital una cancelación de mercados. Habría de significar que el tiempo de trabajo contenido en los productos, atravesaría dificultades crecientes para su realización. El tiempo de trabajo que el capital quiere extender sin límites, tiene barreras a la venta con ganancia de lo producido.

La aparición del monopolio, de las multinacionales, de la conformación del aparato del estado como principal sostén del capital, ex-

presan esa constante contradicción de, por parte del capital, seguir aherrrojando la producción al mecanismo del cambio, y por la otra, la expansiva capacidad de desarrollo del trabajo social. Las fuerzas productivas que el imperio del capital ha creado, requieren hoy, dominio y conducción social. Por eso la miserable base del valor de cambio se derrumba y tiene que derrumbarse, cuando la sociedad puede ya satisfacer gratuitamente un sinnúmero de necesidades. Por ejemplo, algunos de los servicios que el estado proporciona gratis o a muy bajos precios. No es de lamentar que esto suceda, pues es expresión de tendencias profundas que acompañan al desarrollo del capital. En estos casos, el valor y su forma, el valor de cambio, carecen enteramente de sentido, pues el bien recibido no exige inmediata reciprocidad. El propio mecanismo social de la producción va haciendo posible destinar productos, sin exigir nada a cambio. La producción para cada periodo presente, tiene por base el desarrollo anterior, y éste pasa a formar espontáneamente el acervo material y productivo, que toda sociedad va construyendo en el curso de su existencia, en el caso de la capitalista, conviviendo y superando los límites del capital.

NOTAS

(1) Martín Nicolaus, "El Marx desconocido", Elementos fundamentales para la crítica de la economía política (borrador) 1857/58, Siglo XXI Editores, Mex., 1971, vol. 1, p. IIV.

(2) Carlos Marx, Elementos, op. cit., p. 349.

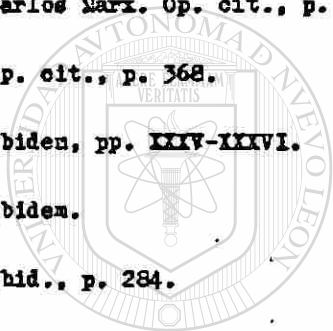
(3) Carlos Marx. Op. cit., p. 375.

(4) Op. cit., p. 368.

(5) Ibiden, pp. XXXIV-XXXVI.

(6) Ibiden.

(7) Ibid., p. 284.

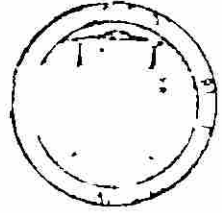


UANL

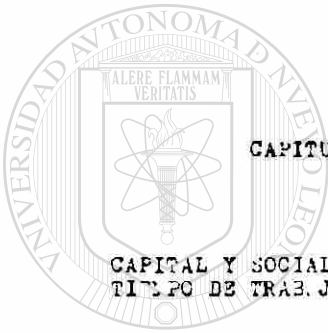
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

®

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



BIBLIOTECA



CAPITULO II

CAPITAL Y SOCIALISMO O EL CICLO HISTORICO DEL
TIEMPO DE TRABAJO

UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

®

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

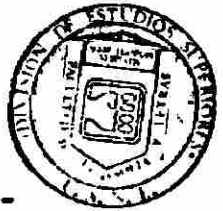
En la parte anterior nos ocupamos de los límites históricos del capital, pero dejamos expreso el análisis dentro del marco del modo de producción capitalista mismo, atisbando sólo las alternativas que el propio régimen pudiera tener para prolongar indefinidamente su vigencia histórica. Vimos que tal cosa le es poco menos que imposible al capital. El tiempo social de trabajo sobre el que el capital funda su dominio es, simultáneamente, su más fundamental negación histórica. En el presente capítulo, retomaremos el examen del tiempo social de trabajo, pero con pretensiones de una mayor generalidad, y poniendo el acento en aspectos filosóficos y metodológicos, como en el precedente estaba puesto en el aspecto económico.

Si damos un repaso a la literatura marxista actual, hallamos siempre como fuente los propios textos de Marx. Esto ha sido, en realidad, muy pertinente para el conocimiento del propio Marx, como en lo que respecta al desarrollo de la ciencia social marxista. Más de un aspecto que ahora empezamos a manejar, por ejemplo, las cuestiones metodológicas o el reconocimiento que en Marx hallamos sobre "el desarrollo de la rica individualidad, tan multilateral en su producción como en su consumo" (1), habían permanecido relegados o deliberadamente escondidos. Nos habíamos casi acostumbrado a un Marx dogmático, rígido, teórico de unas cuantas proposiciones inertes. Así, más fácil le era a la burguesía combatir a Marx en términos puramente propagandísticos, en tanto que ciertas posiciones de la izquierda lo defendían con similares armas. Pero Marx no es un simple propagandista,

pues tal era la posición del socialismo utópico; Marx es verdaderamente un científico social. Atento al desarrollo de las disciplinas científicas de su tiempo, como la matemática o la física, no dejó nunca de comparar sus resultados y su método, con los correspondientes a tales ciencias.

Cuando redacta el prólogo de la primera edición del tomo uno de El capital, alude a las formas accesibles al físico para observar los procesos que estudia; por eso, dice Marx estableciendo un paralelo, "tomamos" a Inglaterra "como principal ejemplo de nuestras investigaciones teóricas" (2). No le escamoteó nunca el rango de ciencia a la economía política, reclamo que sólo podía tener como fundamento, los resultados obtenidos en la investigación de la materia de que esta disciplina se ocupa. La ciencia se legitima por sus resultados, ante los cuales nada tienen que ver las posiciones morales, la propaganda vulgar o cualquier "escuela de protesta social" (Zavaleta). Ha llevado tiempo comprender tales razones, y por cierto no ha sido culpa de Marx.

Y precisamente el severo rigor de sus inferencias teóricas, hacen de su pensamiento un pensamiento vivo y actual. "Hay ((por ejemplo)) en los Grundrisse ((...)) manifestaciones que, aunque escritas hace más de una centuria, sólo pueden leerse actualmente conteniendo la respiración, porque abarcan una de las visiones más audaces del espíritu humano" (3). Aunque el reconocimiento es justo, nosotros agregaríamos



que no se trata de simple audacia de visión, sino de la prefiguración de resultados cuyas premisas se conocían o contenían ya, en el material que se estudiaba. Este es el vigor de la ciencia: la capacidad de anticipación, fundada en el conocimiento obtenido. Tal sucede exactamente con la teoría de Marx del tiempo de trabajo, que son las reflexiones que motivan en Rosdolsky su encendido reconocimiento.

Nos vamos a ocupar en estas líneas de tales reflexiones, así como de la fundamentación teórica de la necesidad histórica del socialismo, y finalmente, de la teoría de Marx como teoría de las formas sociales de la producción. Dicho sea de paso, el primer punto desemboca en un resultado de lo que en Hegel reviste la forma de la ley de la negación de la negación. El punto siguiente, remite a la base necesaria del socialismo, es decir, el desarrollo mismo de la producción, y el tercero, tal vez sirva para delimitar en qué consiste el materialismo de Marx.

Como es sabido, la plusvalía es simplemente la apropiación privada de tiempo de trabajo. Tiempo excedente de trabajo, por encima del requerido para mantener y reponer la fuerza de trabajo del obrero. Pero, dice Marx, "la facultad de rendir un producto sobrante (no) es algo innato al trabajo humano" (4). Tal cosa requiere de ciertas condiciones históricas, o sea, las que acompañan a la producción mercantil capitalista. En ausencia de este régimen de producción, al trabajador después de haber obtenido lo necesario para vivir, lo que le

quedaría sería "mucho tiempo libre" (5). Por tanto, el régimen del capital fuerza al obrero a rendir tiempo excedente de trabajo, que la burguesía, en razón de la propiedad privada sobre los medios de producción, se apropia. Tiempo libre originariamente perteneciente al trabajador, pasa a manos de la clase de los no trabajadores. Tiempo libre ganado por la sociedad, pero que la burguesía se lo apropia. Y en consecuencia, de nada le sirve al trabajador reducir su tiempo necesario de trabajo, -reducción que es un resultado del desarrollo social del trabajo mismo-, pues para él la parte de tiempo libre contenida en el plustiempo de trabajo, pasa siempre a ser privilegio e incrementar el poder de los no trabajadores.

El capital fuerza pues al obrero, a pasar del tiempo necesario de trabajo al tiempo excedente de trabajo. Lo hace precedido por una compleja serie de condiciones históricas, a las que domina y modela acorde con su existencia. Dentro de esos ancestros del capital, se halla el bajo nivel de desarrollo de las fuerzas productivas, base originaria de la primitiva presencia del valor de uso, y también, de la prescindencia del trabajo excedente. En términos puramente naturales, el trabajador no tiene para qué trabajar más, después de haber obtenido su sustento. Pero, obviamente, tal estadio social es extremadamente pobre, casi animal, y por lo mismo, no permite el desarrollo multilateral del hombre, tan pleno en su producción como en su consumo, como dice Marx. La necesidad histórica impone, por tanto, desarrollar las fuerzas productivas, cometido que atraviesa por la producción mercan-

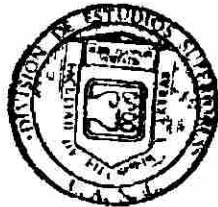
til, y cobra su importancia máxima con la producción fundada en el capital. Y aquí, en la producción capitalista, domina el valor de cambio, como en la primera dominaba el valor de uso. La negación del valor de uso por el valor de cambio.

El capital funda su desarrollo, y su correlato de plus-trabajo y valor de cambio, en la limitación de las fuerzas productivas, que no permiten al trabajador dominar su propio proceso social de producción. La intervención del capital es, a un mismo tiempo, necesaria y externa. Liberado el trabajo de su primitivismo, no requiere de ninguna compulsión exterior, bien se trate de su desarrollo o del dominio de sus propios resultados. Se tiene, por consiguiente, que a la prescindencia del valor de cambio se impone su necesidad. Y esto último, tanto como manifestación del desarrollo de las fuerzas productivas, como de su propia limitación. A la primitiva etapa de la no aparición del valor de cambio, la etapa desarrollada del dominio del mismo. A la etapa elemental de la innecesidad del trabajo excedente, la etapa de su necesidad apropiado por el capital. En la etapa elemental no se tenía nada que cambiar, en la otra, a fuerza se debe cambiar todo. Pero, justamente esta universalidad del cambio expresa ya, en razón misma de su universalidad, la prescindencia y caducidad del propio valor de cambio. Si el trabajo excedente se ha convertido en una generalidad, pues tal es la base del dominio del valor de cambio, estará significando que el propio trabajador, no la compulsión externa que representa el capital, puede hacerse cargo de sus resultados. Por lo tanto, es un

contrasentido histórico por parte del capital, pretender continuar dominando de acuerdo a la apropiación privada, tanto a las fuerzas productivas como a sus productos. En la primitiva etapa no necesidad del trabajo excedente, en la subsiguiente imperia del mismo apropiado por el capital, pero en la tercera, artificialidad y anacronismo de la apropiación privada. En la primera etapa ausencia del cambio, en la segunda necesidad del mismo, pero en la tercera tampoco necesidad del cambio. El cambio mismo labora en el sentido de su propia abolición. En la tercera no hay para qué subsista el cambio, si simplemente se ha llegado al punto en que los productos se pueden a secas distribuir. Y esto último sin lesionar a nadie, pues se es capaz de producir tanto que da absolutamente para todos. Y aquí podrá inscribirse aquello de que "a cada cual, según sus necesidades" (6). La fuerza social productiva habrá de ser capaz de nivelar las diferencias de productividad individual, ya que los individuos en tanto productores, nunca podrán ser iguales.

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Se cierra así un gigantesco ciclo histórico signado por el tiempo de trabajo. En él hemos distinguido tres momentos distintos: la etapa en que el tiempo de trabajo es mínimo y no tiene ningún valor; la etapa en que el tiempo de trabajo asume la forma del valor, expresando con ello tanto la amplitud como la limitación de las fuerzas productivas; y la etapa en que el desarrollo de las mismas hace superflua la forma del valor. Y en términos del tiempo libre encontramos: tiempo libre natural correspondiente al primitivismo de la producción; tiempo



libre apropiado por el capital en el momento de la expansión del valor; y finalmente, tiempo libre ganado por el propio desarrollo social del trabajo. Se cierra así el ciclo, en que la producción no fundada en el cambio, niega a la producción que en él se funda, como en su momento ésta hubo de negar a la producción que no se basaba en el cambio. El primer momento tiene de común con el tercero, el hecho de que no se funda en el valor de cambio; pero lo que para uno es una limitación natural, resultado de la pobreza de las fuerzas productivas, es para el otro resultado histórico de las propias potencias productivas. En un caso producto de la naturaleza, en el otro producto de la historia.

Marx lo dice de la manera siguiente en El capital:

El sistema de apropiación capitalista que brota del régimen capitalista de producción, y por lo tanto la propiedad privada capitalista, es la primera negación de la propiedad privada individual, basada en el propio trabajo. Pero la producción capitalista engendra, con la fuerza inexorable de un proceso natural, su primera negación. Es la negación de la negación. Esta no restaura la propiedad privada ya destruida, sino una propiedad individual que recoge los progresos de la era capitalista: una propiedad individual basada en la cooperación y en la posesión colectiva de la tierra y de los medios de producción producidos por el propio trabajo.

La transformación de la propiedad privada dispersa y basada en el trabajo personal del individuo en propiedad privada capitalista fue, naturalmente, un proceso muchísimo más lento, más duro y más difícil, que será la transformación de la propiedad capitalista, que en realidad descansa ya sobre métodos sociales de producción, en propiedad social. Allí, se trataba de la expropiación de la masa del pueblo por unos cuantos usurpadores; aquí, de la expropiación de unos cuantos usurpadores por la masa del pueblo (7).

Esta es la predicción que legítimamente puede derivarse partiendo de las modalidades de existencia del tiempo de trabajo. Como remate de este tiempo libre, bien sea limitado por el desarrollo de las fuerzas productivas o resultado de la potencia de las mismas. Y aquí se inscribe ciertamente "el cultivo de todas las propiedades del hombre social y la producción del mismo como un individuo cuyas necesidades se hayan desarrollado lo más posible" (8). Nada pues de las ordinariencias que no infrecuentemente se le imputan a Marx. Desarrollo pleno del hombre, pues fuera de aquí no tiene sentido ningún desarrollo.

Vamos a tratar ahora de otra deducción teórica de Marx, que también con frecuencia se ha reducido a simple propaganda.

Si a un marxista se le pregunta qué es el capital, la respuesta puede ser inmediata: el capital es una relación social de producción. Pero si a renglón seguido se le pide en qué consiste tal relación, es

posible que empiece a trastabillar. Sin embargo, Marx definió con toda claridad la relación social llamada capital, concepto que al mismo tiempo, fundamenta la necesidad histórica del socialismo. Dice:

En el proceso de producción se elimina la separación entre el trabajo y sus momentos objetivos de existencia: el instrumento y el material. Sobre la separación se funda la existencia del capital y del trabajo asalariado. El capital no paga por la abolición de la separación, abolición que ocurre realmente en el proceso de producción porque en caso contrario sería de todo punto imposible trabajar (9).

Verdaderamente claro, sólido, sin margen de duda. ¡Así es la ciencia! La relación social de producción llamada capital, consiste por tanto, en la separación, disociación o ajenidad del trabajo con respecto a las condiciones y medios para la realización del mismo; la separación pues, entre el trabajador y los medios para la realización del trabajo. Pero esta separación queda abolida en el momento en que el trabajador se pone a trabajar, pues si tal no sucediera no podría realizarse el trabajo. Aquí aparece claramente la externidad del capital, su carácter puramente transitorio, pues para la realización del trabajo el trabajador no necesita en lo absoluto al capital. Ciertamente requiere de los medios de producción, pero éstos simplemente revisten la forma material de la relación social del capital. Y como simples medios de producción, no tienen por qué asumir siempre la forma de capital. Los defensores de la burguesía son incapaces de estable-

er este distinguo, pero aquí no podremos ocuparnos de ellos en demasía.

Quando se defiende entonces la idea del socialismo, se tiene presente este hecho observable y comprobable ya hoy en la forma burguesa de producción: el de que el obrero para trabajar debe apropiarse de las condiciones para la realización del trabajo; debe fundirse con ellas, pues de lo contrario no podría trabajar. Esta es la idea básica del socialismo: apropiación y dominio por el trabajador de las condiciones para hacer posible la producción. Idea derivada de hechos claramente perceptibles en la forma de producción fundada en el capital. Nada que no se infiera de la observación científica, nada que no haya sido deducido acorde con el más severo rigor de la lógica histórica. No predica moral, inferencia científica simplemente.

El gran sentido histórico del capital -ya lo hemos apuntado- es el de crear el trabajo excedente. Plusproducto que rebasa la satisfacción de las necesidades básicas del trabajador. Pero cumplido esto, el capital manifiesta claramente su artificialidad. Recurramos otra vez a Marx:

Lo que desde el punto de vista del capital se presenta como plusvalía, desde el punto de vista del obrero se presenta exactamente como plustrabajo por encima de su necesidad como obrero, o sea, por encima de su necesidad inmediata para el mantenimiento de su condición vital. El gran sentido históri

co del capital es el de crear este trabajo excedente, trabajo superfluo desde el punto de vista del mero valor de uso, de la mera subsistencia. Su cometido histórico está cumplido, por un lado, cuando las necesidades están tan desarrolladas que el trabajo excedente que va más allá de lo necesario ha llegado a ser él mismo una necesidad general, que surge de las necesidades individuales mismas; por otra parte, la disciplina estricta del capital, por la cual han pasado las sucesivas generaciones, ha desarrollado la laboriosidad universal como posesión general de la nueva generación; finalmente, por el desarrollo de las fuerzas productivas del trabajo, a las que azuza continuamente el capital -en su afán ilimitado de enriquecimiento y en las únicas condiciones bajo las cuales puede realizarse ese afán-, desarrollo que ha alcanzado un punto tal que la posesión y conservación de la riqueza general por una parte exigen tan sólo un tiempo de trabajo menor para la sociedad entera, y que por otra la sociedad laboriosa se relaciona científicamente con el proceso de su reproducción progresiva, de su reproducción en plenitud cada vez mayor: por consiguiente, ha cesado de existir el trabajo en el cual el hombre hace lo que puede lograr que las cosas hagan en su lugar (10).

Ya habíamos mencionado que el desarrollo de las fuerzas productivas atraviesa por la expansión general del valor de cambio. Para apro-

giarse trabajo excedente, el capital debe expandir sin límites la producción y la creación de valor. El fin estrecho del capital, contradice el medio de que se vale para obtener su fin. Pero cuando el trabajo excedente se ha convertido, como dice Marx, en una necesidad general, la apropiación capitalista entra en contradicción violenta con aquella necesidad general. Esta ha dejado de ser necesidad del capital, y se ha convertido en una conquista y un resultado social. Si las necesidades individuales mismas han alcanzado una magnitud histórica, muy por encima de las necesidades naturales del trabajador, el obrero percibe y tiene que percibir, que la satisfacción de aquéllas se hace posible a plenitud, contrastando con la satisfacción que a plenitud ya hace la burguesía. Si la sociedad, mediante el desarrollo de sus fuerzas productivas, puede satisfacer plenamente sus necesidades, resulta un contrasentido que tal satisfacción esté constreñida al reducido grupo propietario de los medios de producción. Y por ello mismo, la artificialidad del capital.

Y por otra parte, si incluso satisfaciendo plenamente las necesidades sociales, la sociedad puede reducir su tiempo de trabajo, resulta enteramente espurio que el capital siga requiriendo mayor magnitud del mismo. Por lo tanto, lo que es necesario al capital, no lo es para la sociedad; esta es su contradicción fundamental. Pero si el tiempo de trabajo deja de ser la medida de la riqueza social, pues las cosas pueden hacer el trabajo que otrora hacía el trabajador, el sustento mismo del capital, el tiempo de trabajo, deja de ser tal sustento. Se

convierte en tiempo libre simplemente. De allí que el capital sea una contradicción en proceso: funda su poderío en la apropiación de tiempo de trabajo, pero al parejo reduce este tiempo de trabajo. Y por ello mismo debe desplomarse -seguimos a Marx-, la producción fundada en el valor de cambio, pues no hay por qué cambiar cuando sin lesionar a nadie, se puede simplemente distribuir. Esto es lo que nos atreviéramos a llamar, acordándonos un poco de Einstein ('), el valor relativo del tiempo de trabajo en economía.

Desde luego que tales formulaciones tienen matices que por ahora no tocamos, pues no se puede decir todo de todo al mismo tiempo; y por otra parte, aquí exprofeso sólo hemos estado manejando el concepto de capital. Y lo que nos interesa a este nivel, es poner de manifiesto sus tendencias inherentes. Dejar establecido que la idea del socialismo, en modo alguno es una simple idea, sino que tiene por base las tendencias observables en la producción fundada en el capital.

Vamos a tocar finalmente otro aspecto de la teoría de Marx. El que se refiere a la Economía Política como la ciencia de las formas sociales de la producción. Este punto es central por lo que atañe al materialismo marxista. En Marx se ha querido ver a veces, al teórico de la materia, haciendo con ello abstracción de la forma social que modela, de acuerdo con sus fines históricos, a la materia apropiada por el trabajo. Nosotros no sabríamos a dónde conduciría un razonamiento que absolutizara la materia, desligándola de la forma social del trabajo.



La significación misma de lo que la materia es, pasa por la mediación social. Si esto se deja de lado, se pierde también la posibilidad de la significancia. Sólo el sujeto puede otorgar significación a lo existente; sujeto histórico que trabaja y piensa.

La dialéctica en Marx, como acertadamente señala Alfred Schmidt (11), no es un esquema preconcebido y susceptible de ser anulado a los procesos sociales. La dialéctica en Marx, es un resultado de la apropiación teórica de la cosa investigada. Apropiación que no puede sino fundarse en los momentos constitutivos del conocimiento científico. Tal conocimiento no es nunca inmediato, pues si tal fuera no habría diferencia entre el conocimiento científico y el que no lo es. Sobre este punto Marx no tenía dudas (12). Si Engels por su parte quisiera completar a Marx, formulando las hoy famosas leyes de la dialéctica, es cuestión que corre por entera cuenta de Engels, pero no de Marx. "La teoría marxista misma -dice Schmidt- contiene ya la dialéctica de la naturaleza con la cual Engels cree deber completarla" (13). No nos anima la menor intención de demeritar a ese gran pensador que fue Engels, pero sus famosas leyes en manos del marxismo vulgar, con frecuencia se han convertido en refugio para no hacer ciencia; es decir, en último término para no pensar. Y esto es precisamente extraño a Marx, como igualmente lo es para toda disciplina científica. Se pretende ver en los procesos sociales, una simple verificación del esquema establecido, y no al revés: verificar las leyes con los procesos sociales. Para tal especie de marxismo es suficiente tener preparada

la ley número uno, dos o tres, y lanzarla como pedrada al oponente. Lo fácil nunca ha sido característica del ejercicio científico.

Si Marx en algunas ocasiones usa formas hegelianas para expresarse, tales formas no son exteriores al objeto estudiado, sino resultado de su aprehensión conceptual. Por ello mismo él se declara discípulo de Hegel, diciendo que la dialéctica hegeliana había que ponerla de pie. El mismo momento hegeliano representa una aproximación a lo real, por esa facultad que el pensamiento humano tiene de acercarse al conocimiento, incluso con formas conceptuales incorrectas. Por otra parte, el conocimiento obtenido parte del conocimiento previamente existente; la economía política de Marx, es la superación de la economía política de los clásicos ingleses. De modo que el propio conocimiento tiene sus mediaciones científicas.

Vamos a transcribir un párrafo de Marx que es oportuno para la discusión aquí desarrollada:

La economía política se ocupa de las formas sociales específicas de la riqueza o, más bien, de la producción de la riqueza. La sustancia de ésta, sea subjetiva, como el trabajo, u objetiva, como los objetos para la satisfacción de necesidades naturales o históricas, se presenta ante todo como común a todas las épocas de la producción. Por consiguiente esta sustancia aparece en primer término como mero presupuesto, al margen de toda consideración de la economía polí-

tica, y sólo ingresa a la esfera de esa consideración cuando las relaciones formales la modifican o al presentarse como modificadora de éstas. Las generalidades que se suelen expresar respecto a esa sustancia se limitan a abstracciones, las cuales tuvieron un valor histórico en las primeras tentativas de la economía política, cuando de la sustancia aún se extraían trabajosamente las formas y se las fijaba con grandes esfuerzos como objeto propio del análisis. Más adelante se transformaron en acartonados lugares comunes, tanto más repugnantes cuanto mayor era la presunción científica con que se les enunciaba (14).

Este es ciertamente el más condensado resumen del materialismo de Marx. Nada del Marx teórico de la materia, teórico sí de las formas sociales de la producción. Tales formas son las que establecen las diferencias históricas. El sustrato de estas formas, la materia natural, sólo entra al campo del análisis científico, cuando las propias relaciones sociales así lo determinan, y al mismo tiempo, lo posibilitan. El objeto del análisis no es otro que el de conceptualizar lo que esas formas tienen de peculiar en el curso de la historia, y ello como resultado del propio desarrollo de la producción. Sin la forma social la naturaleza no puede tener sentido para el análisis científico. La pura sustancia natural es⁵ presocial, que sólo cobra vida con la actividad productiva transformadora del hombre. Las primeras tentativas de la economía política, se orientaron a examinar aquel sustrato material,

pero de él, no pueden derivarse las determinaciones que rigen para lo social de lo social mismo inferido. De lo contrario el nacimiento de la economía política, hubiese acompañado a las formas más primitivas de la producción. El materialismo marxista es, por tanto, aquel que se ocupa de las formas sociales de la producción.

De nada sirve aporrear las palabras con la vana pretensión de que ellas mismas se vuelvan materialistas. Marx habla simplemente de categorías sociales, abstracciones de las relaciones de producción. Abundando sobre lo mismo dice:

pero de hecho el valor de uso de la mercancía es un supuesto dado: la base material con respecto a la cual se presenta determinada relación económica. No es sino esta relación determinada lo que pone en el valor de uso la impronta de mercancía (15).

Sólo bajo una determinada forma social, los productos asumen el carácter de mercancías. De modo que la mercancía es una categoría social, cuyo contenido no remite a su materia sino a aquella forma social. Por eso el valor de uso es un supuesto dado, y en cuanto materia no puede ser el objeto primero del análisis económico. Entra ciertamente en él, cuando el trabajo lo modifica y se asimila entonces su cualidad natural. La teoría de Marx es, por tanto, teoría de las formas sociales de la producción.

NOTAS

(1) Karl Marx, Elementos ..., vol. 1, p. 267. Y en otra parte escribe: "el cultivo de todas las propiedades del hombre social y la producción del mismo como un individuo cuyas necesidades se hayan desarrollado lo más posible, por tener numerosas cualidades y relaciones; su producción como producto social lo más pleno y universal que sea posible (pues para aprovecharlo multilateralmente es necesario que sea capaz de disfrute, y por tanto cultivado al extremo) constituye así mismo una condición de la producción fundada en el capital". Ibid., p. 361.

(2) El capital, T. I, p. XIV.

(3) Roman Rosdolsky, Génesis y estructura de El capital de Marx (estudios sobre los Grundrisse), tr. León Mames, Mex., Siglo XXI Editores, 1978, p. 469.

(4) El capital, T. I, p. 431.

(5) Ibid.

(6) Carlos Marx, "Crítica del Programa de Gotha", Obras Escogidas, en dos tomos, T. II, Moscú, Ediciones en Lenguas Extranjeras, s. f., p. 17.

(7) El capital, T. I, p. 649.

(8) Elementos ..., vol. 1, p. 361.

(9) Elementos ..., vol. 1, p. 310.

(10) Elementos ..., vol. 1, p. 266.

(*) La idea que tenemos presente es expresada en los siguientes términos: "La noción de 'dilación del tiempo' en la relatividad especial significa, entre otras cosas, que si de dos gemelos uno sale en un largo viaje por el espacio a velocidad cercana a la de la luz y regresa a la tierra, resultará más joven que su hermano que permaneció aquí". Lloyd Timberlake, Uno más Uno, 15/III/1979.

(11) Alfred Schmidt, El concepto de naturaleza en Marx, tr. de Julia Ferrari Prieto y Eduardo Prieto, Mex., Siglo XXI Editores, 1976.

(12) La cita conocida dice: "la forma exterior ((...)) a diferencia de la realidad sustancial que en ella se exterioriza, ((...)) está sujeta a la misma ley que todas las formas exteriores y su fondo oculto. Las primeras se reproducen de un modo directo y espontáneo, como formas



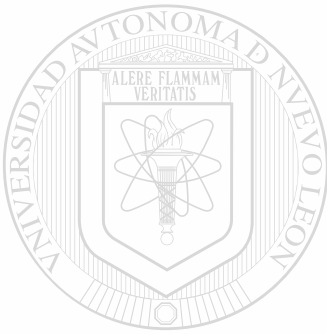
- 44BIBLIOTECA

discursivas que se desarrollasen por su cuenta; el segundo es la ciencia quien ha de descubrirlo". El capital, T. I, p. 454.

(13) Alfred Schmidt, op. cit., p. 56.

(14) Elementos ..., vol. 2, p. 425.

(15) Ibid., p. 464.



UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

®

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



CAPITULO III

**TRABAJO PRODUCTIVO E IMPRODUCTIVO
(UNA APLICACION METODOLOGICA DE LA TEORIA DEL VALOR)**

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN[®]
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Aunque parezca extraño no existe en los pasajes que Marx expresamente dedicó al tema, una teoría coherente sobre el trabajo productivo y el trabajo improductivo bajo el régimen de producción capitalista. Al lado de formulaciones que se apoyan en el criterio de la plusvalía para determinar si un trabajo es productivo o improductivo, existen otras que parecieran apoyarse en el criterio de la ganancia o en el del reparto de la plusvalía, para determinar el problema en cuestión. Es bastante claro que aquí se contemplan dos perspectivas de análisis que no pueden ser equivalentes. Diríamos, adelantando razonamientos posteriores, que algunos sectores del capital pueden obtener ganancias sin producir al mismo tiempo plusvalía, pero esto no vale para el conjunto de la producción y reproducción del régimen capitalista. Si unos se apropian plusvalía sin producirla, es porque otros la producen sin apropiársela.

Ciertamente en Marx se encuentran análisis de detalle sobre el carácter productivo e improductivo del trabajo bajo el capitalismo. Pero en términos justos no se llega, a partir de estos conceptos, a una verdadera generalización científica de los casos examinados. Esta es la esencial dificultad.

Pero sin bien Marx no nos dejó una teoría coherente sobre el trabajo productivo e improductivo, si nos dejó una teoría de las leyes que rigen la producción fundada en el capital. Tal teoría es, naturalmente, la teoría del valor y de la plusvalía. Intentaremos llegar a al

go lo suficientemente convincente utilizando estas herramientas de análisis.

Señalamos de paso que el tema ha sido bastante manoseado, sin que este manoseo haya permitido clarificar verdaderamente el problema. Más bien, se ha llegado a conclusiones bastante discutibles, como la que sostiene Ian Gough de "que las dueñas de casa ((el traductor debió decir aquí, amas de casa)) son también indirectamente productivas para el capital" (1). Si se pierde la referencia a la verdadera producción material, la base fundamental en realidad para el análisis, se pierde la brújula, y todo el andamiaje teórico fundado en la observación del comportamiento histórico de aquella producción, resulta poco menos que sutilezas carentes de sentido.

Por otra parte, el cambio revolucionario del régimen capitalista está dinamizado por su estratégico momento productivo. El trabajo que transforma la naturaleza y crea el valor y la plusvalía, es por lo mismo, el que dispone de la mejor posición estratégica para realizar un cambio revolucionario en el régimen de producción. Aunque por supuesto, los lazos de dominación del capital se extienden al conjunto de la población, no se puede dejar de ponderar sobre en qué sectores inciden con todo su peso, y por lo mismo, definen el papel central que en el conflicto social les corresponde. La tesis sostenida por Claus Offe (2), refiriéndose al capitalismo desarrollado, sobre la conflictividad de ciertos estratos sociales, "que no participan ((...)) en el

mercado de trabajo", como los estudiantes, conscriptos llamados al servicio militar, mujeres, perceptores de pagos de transferencia y demás, es teórica y políticamente inconsistente. Aunque esta conflictividad pudiera causarle al régimen capitalista más de un problema, éstos de ninguna manera revisten la profundidad política de los planteados por el proletariado directamente productivo, es decir, el creador del valor y la plusvalía. Como dice Paul Mattick,

La 'socialización' de la producción técnica-organizativa, esto es, la interdependencia de toda la población en un ininterrumpido flujo de producción, proporciona a la clase trabajadora un poder casi absoluto sobre la vida y la muerte de la sociedad simplemente dejando de trabajar. Todo el edificio social descansa sobre el trabajo productivo. Los trabajadores productivos tienen por lo tanto más poder latente a su disposición que ningún otro grupo social, o que todos los demás grupos sociales combinados (3).

La experiencia histórica ha verificado repetidas veces esta apreciación. Baste mencionar ejemplos casi inmediatos, como el movimiento proletario y popular en Francia en 1968, y el movimiento estudiantil popular en México en el mismo año. La densidad política de uno y otro, está dada, a nuestro modo de ver, por la participación de los obreros. Es cierto, por otra parte, que las condiciones políticas que acompañan al desarrollo del capitalismo, hacen posible la protesta de diversos

grupos sociales, incluso, a veces, de sectores de la propia burguesía, pero no pueden hacerse a un lado las diferencias que existen en el grado de cuestionamiento y la profundidad política de las varias manifestaciones de la protesta social. Movimientos políticos hay que pueden definirse como proletarios, pero sólo lo serán si el propio proletariado participa con su acción política, otorgándoles su sello de clase y su perspectiva histórica. De lo contrario aquellos movimientos desaparecen de la escena política, o con más frecuencia, víctimas de la represión.

Refiriéndose a otro contexto pero que aquí vale como indicación metodológica, Marx dice:

lo que aquí más importa es hacer resaltar que si se consideran la producción y el consumo como actividades de un sujeto o de muchos individuos, ambas aparecen en cada caso como momentos de un proceso en el que la producción es el verdadero punto de partida y por ello también el momento predominante (4).

Es bastante claro que la reproducción de la vida de la sociedad, no se finca sólo en la producción material. Pero ésta es el punto de partida para los otros tipos de producción necesarias a la vida colectiva. Por ejemplo, la ampliación de las disponibilidades de servicios, como la asistencia médica estatal o espacios de recreación y esparcimiento, está subordinada al desarrollo de la producción material. Y

en el terreno mismo de la economía, las esferas del comercio y de las transacciones financieras, no podrían existir y desarrollarse mas que si el desarrollo de la producción así lo determina. Y aunque cada una de estas actividades tiene su relativa autonomía, e inciden como tales en el comportamiento de las demás, sigue siendo la producción material, como dice Marx, la referencia básica. La producción material otorga unidad y sentido al proceso histórico, por la elemental razón de que cualquiera que sea el tipo de sociedad, ésta debe comer, vestirse, techarse, etc., para seguir existiendo como sociedad humana.

Si ampliamos este razonamiento para ver de qué manera la sociedad transforma y se apropia de la naturaleza, aparece de nuevo aquí el trabajo como la actividad transformadora, producción material. Trabajo productor de valores de uso, aquél que en la sociedad capitalista es la base para el nacimiento del valor y de su forma, el valor de cambio. El razonamiento de Marx en los primeros capítulos del tomo I de El capital, es el rastreo minucioso del desarrollo de este proceso unitario y contradictorio, formado por el valor de uso y el valor.

La forma de valor que revisten los productos del trabajo, corresponde a la etapa histórica de la sociedad fundada en la producción de mercancías. "La mercancía", dice Marx, "es unidad de valor de uso y valor" (5). En una sociedad de productores independientes los unos respecto de los otros, la sanción del carácter social de sus trabajos privados, sólo puede hacerse a través del mecanismo del mercado. Las mer-



BIBLIOTECA

- 51 -

mercancías son productos destinados no al consumo de quien los produce, sino al cambio. El cambio de mercancías es el que indica a los productores que sus trabajos forman parte del trabajo colectivo global de la sociedad. Y por tanto, "el carácter específicamente social de los trabajos privados ((...)) reside en lo que tienen de igual como modalidades que son de trabajo humano" (6). Trabajo pues, transformador de la materia y productor de valor. Y así como el carácter social de los trabajos privados se sanciona a través del intercambio de mercancías, se establece también la igualdad de los diferentes tipos de trabajo; son iguales porque son modalidades de existencia del trabajo social.

Y ¿por qué la forma de valor que revisten los productos del trabajo? Por la razón fundamental de que el valor expresa el tiempo de trabajo necesario requerido por la producción. El valor es el tiempo de trabajo socialmente necesario convertido en mercancías. El desarrollo del valor, es el desarrollo de la producción mercantil, que es asimismo, el desarrollo del tiempo de trabajo empleado en la producción. Marx dice muy atinadamente: "el tiempo de trabajo necesario para producir sus medios de vida tuvo que interesar por fuerza al hombre en todas las épocas, aunque no le interesase por igual en las diversas fases de su evolución" (7). Sólo bajo el régimen del capital, aquel tiempo de trabajo se convierte en condición de vida o de muerte para el sistema. El tiempo es oro, reza el refrán. El tiempo de trabajo es valor y plusvalía. El tiempo inmediato de trabajo es así la medida de la riqueza social bajo el régimen capitalista. Pero queremos

puntualizar: tiempo de trabajo aplicado a la producción material; fuerzas productivas cuyo desarrollo es también, el desarrollo de la misma producción.

Pero la producción capitalista no sólo es producción de valor, sino, y fundamentalmente, producción de plusvalía. Marx lo dice en los siguientes términos:

Como unidad de proceso de trabajo y proceso de creación de valor, el proceso de producción es un proceso de producción de mercancías; como unidad de proceso de trabajo y de proceso de valorización, el proceso de producción es un proceso de producción capitalista, la forma capitalista de la producción de mercancías (8).

La aparición de la mercancía como forma de la producción social es anterior a la emergencia del capitalismo. Lo que caracteriza al capitalismo, es que no se basa en la sola producción de mercancías, sino concretamente en la producción de plusvalía; es decir, trabajo excedente arrancado al obrero durante la jornada laboral, después de haber producido el equivalente de su salario. Y aquí de nuevo hablamos de producción material. Tiempo excedente de trabajo que se coagula en un producto excedente. Por lo tanto, arribamos a una primera conclusión: trabajo productivo desde el ángulo de la generación del valor y la plusvalía, es el trabajo empleado por el capital en la producción material, y que permite al propio capital incrementarse.

Pero hagamos inmediatamente algunas precisiones. "Las mercancías sólo se materializan como valores en cuanto son expresión de la misma unidad social: trabajo humano, que, por tanto, su materialidad como valores es puramente social" (9). ¿Cómo conjugar esta idea con la que hemos venido sosteniendo aquí, en el sentido de que el valor es tiempo social de trabajo materializado en mercancías? No existe en realidad oposición. La ley del valor se refiere al funcionamiento conjunto del capital, a las determinaciones generales que rigen para la producción capitalista. El valor es la envoltura social de la producción. Si las mercancías socialmente valen, es porque son integrantes de la producción regida por el valor. Como dice Paul Mattick: "el valor de las mercancías no se refiere a la cantidad específica de trabajo contenida en ellas sino a aquella porción relativa del tiempo de trabajo social general que ellas representan" (10). De modo que las mercancías pueden representar un valor distinto del suyo propio, pero si no subyaciera producción material, las mercancías no podrían representar nada. El proceso de valuación social lo que hace es sancionar la peculiar forma de la producción, fundada en la expansión del valor, y por tanto, en la valorización del capital.

Los capitales individualmente considerados, por ejemplo, el capital comercial, bancario, etc., pueden ciertamente valorizarse, o sea, incrementarse; pero esto no vale sin más para el conjunto de los capitales. Si no se pusiera a funcionar la fuerza creadora de valor y plusvalía, el trabajo aplicado a la producción, ningún capital podría fi-

nalmente valorizarse. La posibilidad de que esto se efectúa depende de la producción y del desarrollo de la misma.

Hemos dicho que el valor es tiempo socialmente necesario de trabajo objetivado en productos. Pero para el funcionamiento conjunto de la sociedad capitalista, no basta con el tiempo de trabajo empleado en la producción. En consecuencia, se requiere tiempo socialmente necesario de trabajo, que aunque lo es tanto para el capital como para la sociedad, no crea valor. Tiempo socialmente necesario de trabajo que no produce valor, y por tanto, tampoco produce plusvalía. Marx dice que "hay que investigar ((...)) la ley del trabajo necesario en la circulación" (11), por ejemplo. Pero no sólo la circulación exige tiempo socialmente necesario de trabajo que no produce valor; hay otras luchas, que van desde la labor que desempeña el barrendero de las ciudades, hasta las realizadas por el ejército (excluyendo la industria militar), y la burocracia tanto estatal como privada. Tal conjunto de actividades no producen valor, y sin embargo, son absolutamente necesarias para el funcionamiento conjunto del capital. Y junto a este tipo de actividades económicas, podemos colocar a todas aquellas que pueden producir ganancias sin ser al mismo tiempo ellas mismas productoras de valor y plusvalía.

Y aquí se impone plantear una interrogante fundamental: si los trabajadores empleados en este tipo de actividades no producen valor, ¿de qué son explotados? La respuesta debe hallarse siguiendo la serie

de razonamientos que aquí hemos sostenido. Dichos trabajadores son explotados de su tiempo excedente de trabajo, que es necesario para el funcionamiento del capital y de la sociedad burguesa, aunque no produzcan absolutamente ningún valor. Y tiempo excedente de trabajo es aquel (ya lo dijimos), durante el cual el trabajador continúa laborando después de trabajar el tiempo equivalente de su salario.

La necesidad que de este tipo de tiempo de trabajo tenga la sociedad burguesa, depende del desarrollo alcanzado por la producción. De modo que la ley del trabajo necesario requerido por actividades que no producen ni valor ni plusvalía, se corresponde con la ley del trabajo necesario requerido por la producción. Y aquí de nuevo, es esta última el punto de partida de las demás consecuencias. Si por ejemplo, el tiempo de trabajo necesario requerido por la circulación aumenta, podría significar que en la esfera de la producción se tienen problemas, o también, que el volumen de productos que deben circular ha aumentado. De allí el desarrollo del capital comercial, y el crecimiento de los muy variados mecanismos de comercialización, financiamiento y similares, que implican también la ocupación de trabajo humano. Y puede haber, señala Marx, un desbalance o contradicción entre el tiempo de trabajo requerido por la producción y el destinado a la circulación y afines, pero la base o punto de partida será siempre la esfera de la producción.

Marx dice en alguna parte (12), que tanto la inversión como el

trabajo requeridos por la circulación son productivos. He aquí sus palabras:

Para el capitalista industrial los gastos de circulación aparecen y son en realidad gastos muertos. Para el comerciante son la fuente de su ganancia, la cual -partiendo de una cuota general de ganancia- se halla en proporción con la magnitud de aquéllos. Por consiguiente, la inversión que suponen estos gastos de circulación es, para el capital mercantil, una inversión productiva. Y también el trabajo comercial comprado por él es, para él, un trabajo directamente productivo.

¿Qué criterio se siguió aquí para otorgarle a este tipo de trabajo el carácter de productivo? El criterio de la ganancia, no el de la creación de valor y plusvalía. Y esto puede representar una comodidad para mencionar el problema, pero está en total contradicción con la teoría del valor y de la plusvalía. Es bastante obvio que tal tipo de trabajo le permite al capital comercial, como también al financiero, apropiarse de su respectiva cuota de ganancia, pero no se puede concluir por ello que sea un "trabajo directamente productivo". Desde el ángulo de la plusvalía y el valor, tal trabajo es definitivamente improductivo. Por más que le busquemos, el trabajo que no produce valor ni plusvalía, será siempre un trabajo improductivo. Aunque en los términos ordinarios bajo los que opera el capital pueda, por comodidad, designarse como productivo, pero esto no es teóricamente correcto.

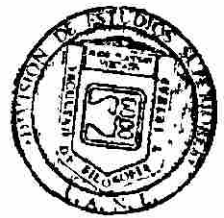
Llegamos entonces a una segunda conclusión: para el funcionamiento conjunto del capital, se requiere tiempo socialmente necesario de trabajo que no produce valor ni plusvalía, y que por tanto, el trabajo absorbido por ese tipo de actividades, es un trabajo improductivo.

Hasta aquí, hemos sostenido el criterio de que el valor es tiempo de trabajo cristalizado en productos. Marx mismo así lo dice: "valor ((igual)) al tiempo de trabajo socialmente necesario que se ha objetivado en el producto" (13). Hemos reiterado el papel central de la producción para la vida de la sociedad, y en consecuencia, también para el análisis teórico. Pero es igualmente cierto que la producción capitalista es un proceso complejo, que incluye trabajo que ya no modifica la forma material de las mercancías, aunque sí crea valor. Tal sucede con el trabajo empleado en el transporte de las mercancías, desde el lugar donde se producen al lugar donde habrán de consumirse. Este trabajo crea valor y es, asimismo, generador de plusvalía. Son actividades directamente ligadas al proceso de producción, o podemos decir, que es tiempo necesario de trabajo requerido por actividades aledañas a la producción. Por ejemplo, ciertos procesos de conservación y empaquetamiento que deben realizarse para el almacenamiento de las mercancías. ¿Contradice esto lo que hemos venido sosteniendo? Respondemos que no. La razón es que se trata de tiempo de trabajo que complementa al tiempo de trabajo requerido por la producción.

Hay todavía un aspecto más que debe ser examinado. La producción

capitalista debe reproducir sus condiciones tanto materiales como higiénicas de existencia. Lo que significa emplear tiempo socialmente necesario de trabajo en la reproducción de dichas condiciones. Es inmensamente variado el campo de actividades exigidas para tales propósitos, pues "las condiciones de la producción son, a la par, las de la reproducción" (14). Se inscriben en ellas, el aparato educativo, ideológico, político, de orientación de la opinión pública, de psicología de masas, el aparato jurídico, los servicios policíacos y de espionaje, etc., etc. Los trabajadores ocupados en este tipo de actividades son improductivos, pues no crean valor ni plusvalía. Aunque claro, es justo diferenciar las funciones de los profesores dedicados a la enseñanza o los científicos orientados a la investigación, por ejemplo, de las funciones de manipulación de masas o de la opinión pública. Y por otro lado, en tanto estas actividades estimulan en algunos casos el desarrollo de la producción, los trabajadores de esta última crean valor y plusvalía, son trabajadores productivos. Vamos a transcribir un bonito texto de Marx, donde narra como el delincuente, el simple ratero, provoca con su actividad (o provocaba en su tiempo), el desarrollo de las fuerzas productivas. He aquí el párrafo:

El filósofo produce ideas, el poeta versos, el pastor sermones, el profesor manuales, etc. El delincuente produce delitos ((...)) El delincuente no produce solamente delitos, sino que produce también un derecho penal, produce al profesor que da cursos sobre derecho penal y hasta el inevitable



manual en que este profesor condensa sus enseñanzas con vistas al comercio. La actuación del delincuente se traduce, pues, en un aumento de la riqueza nacional, sin contar con el placer que al autor del manual le produce el escribirlo.

El delincuente produce, además, toda la organización de la policía y de la justicia penal, produce los agentes de policía, los jueces, los jurados, los verdugos, etc., y estas diversas profesiones, que constituyen otras tantas categorías de la división social del trabajo, desarrollan las diversas facultades del espíritu humano, crean nuevas necesidades y nuevas maneras de satisfacerlas. La tortura por sí sola provocó los inventos mecánicos más ingeniosos y dió trabajo a toda una multitud de obreros honrados, dedicados a la producción de sus instrumentos.

El delincuente produce una impresión de carácter moral y a veces trágica, estimulando de este modo la reacción de los sentimientos morales y estéticos del público. Además de manuales de derecho penal, de códigos penales y legisladores, produce arte, literatura, novelas e incluso tragedias. El delincuente introduce cierta diversión en la monotonía y la serena tranquilidad de la vida burguesa, defendiéndola así contra el marasmo y provocando esa tensión inquieta, ese dinamismo del espíritu sin el cual el mismo acicate de la

concurrancia acabaría por embotarse. Imprime, pues, un nuevo impulso a las fuerzas productivas. El crimen descarga al mercado de trabajo de una parte de la población sobrante, atenua la concurrancia entre los obreros e impide, hasta cierto punto, que el salario baje del nivel mínimo; por otro lado, la lucha contra el crimen da trabajo a otra parte de la misma población. El delincuente viene a ser, pues, uno de esos factores que establecen el saludable equilibrio y abren toda una perspectiva de ocupaciones útiles. Y podríamos seguir desarrollando esta argumentación hasta en sus menores detalles. La industria cerrajera, por ejemplo, ¿habría alcanzado su actual prosperidad, si no existiesen ladrones? ¿hadríamos una fabricación de billetes de banco tan perfecta como la que hoy tenemos, si no existieran monederos falsos? Y el microscopio ¿habría llegado a penetrar en las esferas comerciales si no existiesen falsificadores? La química práctica debe tanto de sus progresos a los fraudes que se cometen en la fabricación de mercancías y a los esfuerzos realizados para descubrirlos como a la inteligencia y a la tenacidad de los investigadores honrados. Por medio de sus ataques incessantes contra la propiedad, el delito provoca nuevas medidas de defensa y ejerce la misma influencia productiva que las huelgas, a las que se debe la invención de no pocas máquinas (15).

No vamos a pedirle disculpas al lector por esta larga cita, esperamos que como nosotros, la disfrute. Es oportuna aquí porque señala como actividades improductivas, pueden dar origen al empleo de trabajo productivo, en la connotación empleada de creador de valor y plusvalía. Por tanto, desde el ángulo de la producción capitalista, es erróneo llamar improductivos a los gastos y al trabajo absorbidos por el establecimiento militar. Al contrario, se trata de actividades enteramente productivas, donde se genera valor y plusvalía. El obrero que fabrica ametralladoras es un obrero productivo para el capital, pues produce plusvalía; no lo es el soldado que simplemente la manaja. E incluso, el estado capitalista de nuestros días, estimula la fabricación de armamentos tanto con la mira de mantenerse a la cabeza en la carrera armamentista mundial, como con la de avivar continuamente el funcionamiento de la economía capitalista. Y en términos de la generación de la plusvalía, es indistinto que tal tipo de producción sea llevada a cabo por empresas del estado o por empresas privadas. La ligada producción de desperdicio, desempeña hoy un papel fundamental en el mundo de la generación de la plusvalía; a veces, a causa de que la producción de ésta ha sido excesiva, en otras ocasiones porque ha sido insuficiente. Pero en todo caso, producción de valor y de plusvalía, no ausencia de los mismos.

A medida que el capital se desarrolla trata de socializar, y lo logra, el costo de sus condiciones de reproducción. Tales costos hoy corren normalmente a cargo del estado. Por ejemplo, la preparación y

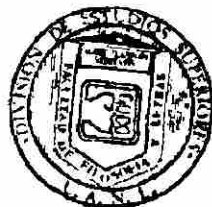
calificación de la fuerza de trabajo, es decir, el sistema nacional de educación y enseñanza, los servicios médicos y asistenciales, la limpieza de las ciudades, etc., etc. El conjunto de tales gastos recae finalmente sobre los sectores productivos, o sea, sobre la plusvalía. Cuando, por ejemplo, los burgueses se quejan de que sus ganancias se ven afectadas, lo que hacen es externar su debilidad en la esfera de la competencia, pues en último término la ganancia capitalista es la forma transfigurada de la plusvalía arrancada a los obreros productivos.

Por tanto, el tiempo socialmente necesario de trabajo absorbido por las condiciones de la reproducción del capital, y que se canaliza a la prestación de servicios y similares, no crea valor ni plusvalía, y en consecuencia, el trabajo empleado por este tipo de actividades es un trabajo improductivo. Esta es la tercera conclusión de nuestros razonamientos.

Vamos ahora a transcribir algunos textos de Marx, señalando tanto los puntos que nos parecen congruentes con su teoría del valor y de la plusvalía, como los que creemos, no lo son.

En el tomo I de la Historia crítica de la teoría de la plusvalía, nos dice:

Trabajo productivo, desde el punto de vista de la producción capitalista, es el trabajo asalariado que, al cambiarse por la parte variable del capital, además de reproducir esta par



te del capital ((...)), produce plusvalía para el capitalista.

¿Qué es, pues, trabajo productivo? El que crea plusvalía, un valor sobrante después de cubrir el equivalente pagado en concepto de salario.

El único trabajo productivo es el trabajo que produce plusvalía o que sirve al capital de medio para producir plusvalía y transformarse, por consiguiente, en capital, en valor productivo de plusvalía.

La expresión de trabajo productivo no es más que una manera abreviada de expresar la relación y el modo como la fuerza de trabajo figura en el proceso de producción capitalista. Y esta distinción con respecto a todas las demás clases de trabajo es muy importante, pues nos indica la forma exacta que sirve de base a toda la producción capitalista y al propio capital.

Dentro del sistema de la producción capitalista, trabajo productivo es, pues, aquel que produce plusvalía para su patrón, el trabajo que transforma las condiciones objetivas en capital y al propietario de ellas en capitalista, el trabajo que produce como capital su propio producto (16).

En el tomo II de El capital, encontramos lo siguiente:

El capital industrial es la única forma de existencia del capital en que es función de éste no sólo la apropiación de la plusvalía o del producto excedente, sino también su creación. Este capital condiciona, por tanto, el carácter capitalista de la producción; su existencia lleva implícita la contradicción de clase entre capitalistas y obreros asalariados ((...)) A medida que se va apoderando de la producción social, revoluciona la técnica y la organización social del proceso de trabajo, y con ellas el tipo histórico-económico de sociedad ((...)) El capital-dinero y el capital-mercancías, en la medida en que aparecen, con sus funciones, como exponentes de una rama propia de negocios al lado del capital industrial, no son más que modalidades de las distintas formas funcionales que el capital industrial asume unas veces y otras abandona dentro de la órbita de la circulación, modalidades sustantivadas y estructuradas unilateralmente por la división social del trabajo (17).

En otra de sus obras nos dice:

Es productivo el trabajador que ejecuta un trabajo productivo, y es productivo el trabajo que genera directamente plusvalía, esto es, que valoriza al capital (18).

Y todavía más. En el tomo I de El capital, se dice:

Dentro del capitalismo, sólo es productivo el obrero que crea

duce plusvalía para el capitalista o que trabaja por hacer rentable el capital (19).

Pareciera que estos párrafos no dejan lugar a dudas sobre cual es el trabajo productivo, y además, en qué esfera de la actividad económica se genera la plusvalía, es decir, la producción.

No ocurre lo mismo con otros textos del mismo Marx. Diríamos que los ejemplos que emplea en ciertas partes en apoyo de sus ideas, son los que más se prestan al desacuerdo.

En la misma Historia crítica ..., nos dice:

Un actor, incluso un clown, puede ser, por tanto, un obrero productivo si trabaja al servicio de un capitalista, de un patrón, y entrega a éste una cantidad mayor en trabajo de la que recibe de él en forma de salario. En cambio, el sastre que trabaja a domicilio por días, para reparar los pantalones del capitalista, no crea más que un valor de uso y no es, por tanto, más que un obrero improductivo. El trabajo del actor se cambia por capital, el del sastre por renta. El primero crea plusvalía; el segundo no hace más que consumir renta.

Un empresario de espectáculos, de conciertos, de casas públicas, etc., compra el derecho a disponer temporalmente de la fuerza de trabajo de los actores, de los músicos, de

las prostitutas, etc. Luego vende esta fuerza de trabajo al público, reembolsándose con ello de los salarios y obteniendo una ganancia. Y estos servicios son susceptibles de repetición, pues reponen por sí mismos el fondo que los paga.

Cuando Milton, por ejemplo, escribía El Paraíso perdido, era un obrero improductivo. En cambio, es un obrero productivo el autor que suministra a su editor originales para ser publicados. Milton produjo El Paraíso perdido como el gusano de seda produce la seda: por un impulso de la naturaleza. Después de lo cual, vendió su producto por 5 libras esterlinas. En cambio, el autor que fabrica libros, manuales de economía política por ejemplo, bajo la dirección de su editor, es un obrero productivo, pues su producción se halla sometida por definición al capital que ha de hacer fructificar.

Cuando hablamos de trabajo productivo, hablamos por tanto de un trabajo socialmente determinado, de un trabajo que entraña una relación determinada entre el comprador y el vendedor del trabajo (20).

En el capítulo VI inédito de El capital, nos dice:

Una cantante que canta como un pájaro es un trabajadora improductiva. En la medida en que vende su canto, es una asal-

riada o una comerciante. Pero la misma cantante, contratada por un empresario ((...)) que la hace cantar para ganar dinero, es una trabajadora productiva, pues produce directamente capital (21).

Y en el tomo I de El capital, hallamos lo siguiente:

Si se nos permite poner un ejemplo ajeno a la órbita de la producción material, diremos que un maestro de escuela es obrero productivo si, además de moldear las cabezas de los niños, moldea su propio trabajo para enriquecer al patrono. El hecho de que éste invierta su capital en una fábrica de enseñanza en vez de invertirlo en una fábrica de salchichas, no altera en lo más mínimo los términos del problema. Por tanto, el concepto del trabajo productivo no entraña simplemente una relación entre la actividad y el efecto útil de ésta, entre el obrero y el producto de su trabajo, sino que lleva además implícita una relación específicamente social e históricamente dada de producción, que convierte al obrero en instrumento directo de valorización del capital (22).

Vamos ahora a discutir estas ilustraciones de Marx. De inmediato podemos ver que ninguno de estos trabajadores crea en sentido riguroso plusvalía; pueden ciertamente, alquilando sus habilidades, dar lugar a que el capital se incremente, es decir, que el capital haga con ellos buenos negocios. Pero es falso que ellos creen directamente plus

U. A. N. L.

FA. 102 De ... 2014 Y LE ...
BIBLIOTECA "JOSE ALVARADO"

plia. Ni el payaso, la prostituta, la cantante, el actor o el maestro de escuela, transforman con su actividad nada. Esta es una diferencia esencial, de acuerdo con lo que hemos venido sosteniendo aquí, en el sentido de que la producción es una actividad transformadora de la materia, y en consecuencia, pivote de la transformación del mundo del hombre. Y tal determinación vale con todo su peso para la sociedad capitalista.

El ejemplo del sastre que repara "los pantalones del capitalista", claramente no se presta a discusión; es un trabajo improductivo desde el ángulo del capital, que decíamos, no se rige por la producción de valores de uso, sino precisamente por la producción de plusvalía. "La producción de plusvalía ((...)) es la ley absoluta de este sistema de producción" (23). Tampoco es discutible el ejemplo de Milton, pero justamente aquí hay producción de libros. La industria editorial es una actividad enteramente productiva, en la que se incluyen desde el autor del libro, hasta el linotipista, el encuadernador o el corrector de pruebas.

Prosigamos. Desde el ángulo de la forma de operación global del capital, desde luego que puede sostenerse que el trabajo de un actor se cambia directamente por capital, en el supuesto de una empresa de espectáculos. Pero lo que aquí sucede no es que haya una producción de plusvalía, sino simplemente una redistribución de la misma. En términos latos el consumo, bien sea de mercancías o de espectáculos y diver

ciones, no produce plusvalía. Una empresa de espectáculos puede, por supuesto, obtener ganancias. Pero ya señalábamos en las primeras líneas, que la plusvalía será siempre condición fundamental y última de la ganancia. Si nos guiamos por el criterio de la ganancia, prácticamente todo el trabajo empleado por el capital puede reportarle tales, y por tanto, ser un trabajo productivo. Pero entonces también los trabajadores de los bancos y el comercio, serían trabajadores productivos, cosa que el mismo Marx con razón niega. Igual razonamiento puede hacerse con respecto al payaso, la prostituta, el maestro de escuela o la cantante, de la que dice Marx, "produce directamente capital".

Aceptando la formulación de que la cantante produzca capital, no podría significar que produzca al mismo tiempo plusvalía. Por ejemplo, un capital dedicado exclusivamente a la especulación, produce capital; pero sólo a condición de que otros capitales, empleándose en la producción, generen éstos al directamente, la plusvalía de la que aquél se apropia. El capital puede valorizarse, siempre y cuando haya producción real de valor. Y esto, ya lo dijimos, no puede ocurrir con la totalidad de los capitales. Si unos se apropian plusvalía sin producir, es porque otros la produjeron sin apropiársela. Sólo bajo estas consideraciones, podríamos aceptar la idea de Marx, de que "el concepto del trabajo productivo" se refiere a una relación específica "entre el obrero y el producto de su trabajo", que convierte a aquél "en instrumento directo de valorización del capital". Aunque, nótese bien, lo que se está haciendo resaltar aquí, es que la producción fundada en el



- BIBLIOTECA

capital, no se mueve con la mira de producir valores de uso. Y por otra parte, si extendemos así el concepto del trabajo productivo, este mismo concepto deja de ser útil en el análisis teórico, deja de ser herramienta que nos permita definir precisamente el trabajo productor de valor y de plusvalía bajo el régimen del capital.

Tal línea de análisis conduciría, como es fácil ver, a debilidades teóricas, y más decisivo aún, a planteamientos políticos claramente antimarxistas. El proletariado productivo, no sólo es el que produce la plusvalía en la sociedad capitalista, sino también el dirigente de una nueva sociedad. Como dice Zavaleta Mercado, una prostituta puede ser más desgraciada que un obrero, pero esto no la convierte en dirigente social. Este papel está históricamente determinado por la función que se desempeña en el proceso de producción. Pénganse en huelga todas las universidades de este país, y fuera de alguna impugnación al sistema, a la burguesía apenas se le movería un pelo. Pero párese la planta industrial del fierro y el acero, o la del cemento, la automotriz o el petróleo, y otros serían con toda seguridad los cantares.

Ligado al concepto del trabajo productivo está también el del obrero colectivo (24). El obrero colectivo desde luego existe: la producción capitalista sólo puede ser un proceso colectivo de producción. Pero es necesario no englobar en tal concepto a quienes no desempeñan ningún papel en el proceso de producción. Por ejemplo, el policía que simplemente registra a los obreros previniendo robos a la fábrica, obviamente no forma parte del obrero colectivo, aunque por otro lado, él

sea un asalariado. Pero el vigilante de las normas de calidad de la producción o los encargados del servicio de conservación y mantenimiento de la planta industrial, sí forman parte del obrero colectivo. Y como en el caso del trabajo productivo, el concepto del obrero colectivo no puede ser extendido indiscriminadamente a empleados y funcionarios del capital, que no son parte de aquél. La referencia básica es aquí de nuevo la producción, y la creación de valor y plusvalía. El estatuto que debe introducirse no se basa sobre si tal o cual trabajador trabaja manualmente o no, sino si su actividad de alguna manera, directa o indirecta, mediada o no mediada, participa en el proceso general de producción.

El hecho de ser asalariado no implica ser parte del destacamento del proletariado productivo, y por tanto, tampoco de su proyección política de clase. Marx dice, "todo trabajador productivo es un asalariado, pero no todo asalariado es un trabajador productivo" (25). Si no se toman en cuenta las diferencias de funciones desempeñadas por el conjunto de los asalariados, se termina por incluir dentro del proletariado a los funcionarios del capital, que aunque sean asalariados no son proletarios (gerentes, jefes de personal, directores de empresa, etc.). Incluso el estamento de técnicos y científicos, aunque laboren en la misma fábrica y sean asalariados como los obreros, pueden aparecer ante éstos como agentes de la explotación capitalista. André Gorz lo dice en los siguientes términos:

Si los trabajadores técnico-científicos y los obreros están, aunque parezca imposible, situados del mismo modo frente al capital, no están situados del mismo modo unos en relación a los otros. En tanto que el trabajo técnico-científico y el trabajo obrero son llevados a cabo paralela pero separadamente, es evidente que los trabajadores técnico-científicos producen medios de explotación y de opresión de los obreros y deben, por tanto, aparecer ante ellos como agentes del capital, mientras que los obreros no producen medios de explotación de los trabajadores técnico-científicos. La relación entre unos y otros, allí donde es directa, no es una relación de reciprocidad, sino una relación jerárquica (26).

Si esto sucede o puede suceder con este tipo de asalariados, que cuando se desempeñan en el proceso de producción, son verdaderamente parte del obrero colectivo, con más fuerza se impone delimitar el campo propio del proletariado de aquello que no cae dentro de él. De lo contrario, el concepto mismo de clases sociales deja de desempeñar tanto en el análisis teórico como en su aplicación política, el papel central que tiene en la teoría de Marx sobre el régimen capitalista.

Hagamos finalmente una apretada síntesis de lo aquí expuesto. Como destacamos en el capítulo anterior, el análisis de las formas sociales de la producción, es lo que constituye el objeto de estudio del marxismo; es decir, el análisis de las formas históricas de existencia

social del trabajo. El régimen del capital se funda en el trabajo asalariado, trabajo productor de valor y plusvalía. Trabajo productivo, no en el sentido de que su actividad cree objetos útiles, sino en el de generador de un valor excedente del equivalente de su salario. ¿Qué rría decir entonces, que los asalariados que no generan plusvalía no forman parte del proletariado? Ciertamente que no. "La reproducción del capital en su conjunto se sustenta sobre la base del trabajo del proletariado productivo y del proletariado improductivo" (27). Pero, continuará siendo el proletariado productivo el sector estratégico indiscutible para el funcionamiento del régimen del capital, y consecuentemente, para su superación revolucionaria.



U A N L

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

NOTAS

- (1) Ian Gough, "Gastos del estado en el capitalismo avanzado", El estado en el capitalismo contemporáneo, compilado por Heinz Rudolf Sonntag y Héctor Valecillos, Mex., Siglo XXI Editores, 1977, p. 264.
- (2) Claus Offe, "La abolición del control del mercado y el problema de la legitimidad", El estado en el ..., op. cit., p. 72.
- (3) Paul Mattick, Marx y Keynes. Los límites de la economía mixta, Mex., Ediciones Era, 1975, pp. 328-329.
- (4) Karl Marx, Elementos fundamentales para la crítica de la economía política (borrador) 1857/58, vol. I, Mex., Siglo XXI Editores, 1971, p. 14.
- (5) Carlos Marx, El capital, T. I, Mex., PCE, 1971, p. 136. En lo sucesivo, siempre que se cite esta obra nos estaremos refiriendo a la edición del Fondo de Cultura Económica.
- (6) Op. cit., p. 39. Subrayado nuestro.
- (7) Ibid., p. 37.
- (8) Ibid., p. 147.
- (9) Ibid., pp. 14-15.
- (10) Op. cit., p. 311. Subrayado nuestro.
- (11) El capital, T. III, p. 267.
- (12) Op. cit., T. III, p. 294. En realidad, este criterio no es sostenido ni por el mismo Marx en otras partes de su obra, por eso nos sentimos autorizados a rebatir tal punto de vista. Más adelante reafirmamos estas ideas.
- (13) Karl Marx, El capital, libro I capítulo VI (inédito), Mex., Siglo XXI Editores, 1975, p. 59.
- (14) El capital, T. I, p. 426.
- (15) Carlos Marx, Historia crítica de la teoría de la plusvalía, T. I, Editorial Andricaviva, s. f., pp. 203-204. Pareciera que esta es una edición pirata, aunque utilizan la traducción de Wenceslao Hoeses. Y además, tiene este tomo defectos de encuadernación, faltan las páginas 271 a 280, pues en su lugar metieron aquí otras páginas.

(16) Op. cit., pp. 134-162-216-217. Las páginas de este modo indicadas, corresponden al final de cada párrafo. Se nos ocurrió este procedimiento, para no atiborrar de llamadas el texto.

(17) Op. cit., t. II, p. 51.

(18) El capital, capítulo VI inédito, p. 78.

(19) El capital, t. I, p. 426. Los traductores del capítulo VI inédito, ofrecen la siguiente redacción del párrafo citado: "Solo es productivo al obrero que produce plusvalía para el capitalista o que sirve para la autovalorización del capital". Capítulo VI inédito, nota al pie de la p. 78.

(20) Op. cit., t. I, pp. 137-143-220-217.

(21) Op. cit., p. 84.

(22) Op. cit., t. I, p. 426.

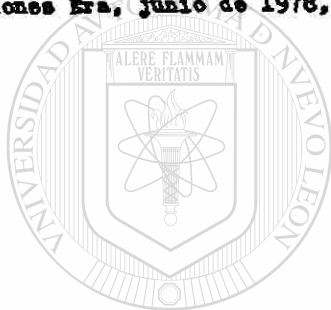
(23) Op. cit., t. I, p. 522.

(24) En el capítulo VI inédito, Marx escribe lo siguiente: "como con el desarrollo de la subyugación real del trabajo en el capital o del modo de producción específicamente capitalista, no es el obrero individual sino cada vez más una capacidad de trabajo socialmente combinada lo que se convierte en el agente real del proceso laboral en su conjunto, y como las diversas capacidades de trabajo que cooperan y forman la máquina productiva total participan de manera muy diferente en el proceso inmediato de la formación de mercancías o mejor aquí de productos -éste trabaja más con las manos, aquél más con la cabeza, el uno como director, ingeniero, técnico, etc., el otro como capataz, el de más allá como obrero manual directo e incluso como simple peón-, tenemos que más y más funciones de la capacidad de trabajo se incluyen en el concepto inmediato de trabajo productivo, y sus agentes en el concepto de trabajadores productivos, directamente explotados por el capital y subordinados en general a su proceso de valorización y de producción. Si se considera al trabajador colectivo en el que el taller consiste, su actividad combinada se realiza materialmente y de manera directa en un producto total que al mismo tiempo es una masa total de mercancías, y aquí es absolutamente indiferente el que la función de tal o cual trabajador, mere eslabón de este trabajador colectivo, esté más próxima o más distante del trabajo manual directo. Pero entonces la actividad de esta capacidad laboral colectiva es su modo productivo directo por el capital, vale decir el proceso de autovalorización del capital, la producción directa de plusvalía y de ahí ((...)) la transformación directa de la misma en capital". Páginas 76-79. Véase también El capital, t. I, pp. 425-426.

(25) Capítulo VI inédito, p. 80.

(26) André Gors, "Técnicos, especialistas y lucha de clases", La división capitalista del trabajo, Córdoba, Cuadernos de Pasado y Presente, # 32, p. 161.

(27) Esta es una atinada observación en la que acompañamos a Estela Gutiérrez Garza, no así cuando sostiene que un restaurante no genera plusvalía. Un restaurante es una empresa productora de comida, donde se da todo un proceso de elaboración, y por tanto, de generación de plusvalía. Véase su artículo "La determinación económica de las clases sociales en el capitalismo", revista Cuadernos Políticos, # 16, Mex., Ediciones Era, junio de 1978, p. 113.



UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

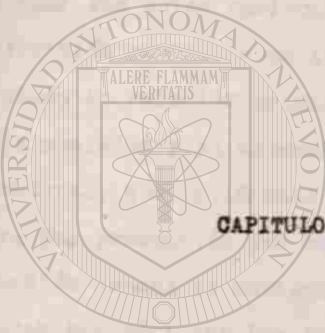
®

U. A. N. L.

FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS
BIBLIOTECA



BIBLIOTECA



CAPITULO IV

UANL

**CAPITAL Y ECOLOGIA O LOS LIMITES NATURALES DEL
TIEMPO DE TRABAJO**

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN



DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Todo régimen económico se funda siempre en una determinada relación entre la sociedad y la naturaleza. El hombre que hace su historia, no ha dejado por ello de ser un ente natural. Y por muy variadas formas que revista el desarrollo social, está presente siempre como sustrato el medio natural. El hombre es el sujeto histórico-natural que adquiere la facultad de pensar, lo que le significa la posibilidad de normar sus actos racionalmente. La racionalidad histórica es una construcción humana, como lo son también las diferentes formas que ha revestido la relación productiva; es decir, el vínculo necesario entre la sociedad y la naturaleza. El hombre produce y reproduce su medio natural, convirtiéndolo en parte consustancial de su capacidad de vivir. Hay producción del medio natural, cuando por ejemplo, con la intervención humana se obtienen nuevas variedades de plantas, animales o se hacen más fértiles las tierras; y hay reproducción, cuando se impide la desaparición de formas de vida que se sabe son útiles y benéficas al ser humano. Huelga decir que no hay aquí diferencias absolutas, las hay sólo de forma.

Esta estrecha dependencia del hombre con respecto a su medio natural, le impone límites a cualquiera que sea su proyecto social de vida; lo condiciona en sus fundamentales determinaciones. El hombre no ha dejado de ser dependiente de su medio natural (la tierra, por ejemplo) y es improbable que lo llegue a ser alguna vez. Lo cual está indicando sus limitaciones, tal vez infranqueables, como ser natural-histórico. Cuando por descuido, o como resultado de la forma social de

producir, se ha atentado contra ese sustrato natural de la existencia social, la naturaleza se ha encargado de recordarle al hombre las fronteras hasta donde puede llegar, franqueadas las cuales la vida se vuelve imposible.

El desarrollo del modo capitalista de producción, ha llegado a un punto tal de destructividad del medio natural, que la vida humana se está volviendo imposible. Casi toda la ciencia y la tecnología empleadas en la producción, tienen efectos secundarios nocivos sobre el medio natural y, por lo tanto, sobre las posibilidades para la vida futura. El sobredesarrollo de las capacidades de producción, impulsado por este régimen económico, está llevando al género humano a una catástrofe ecológica, pues atenta severamente contra las potencialidades para la vida del medio natural. Hoy están contaminados los mares, los peces, los bosques, la tierra, y por si no fuera suficiente, el hombre se ha encargado de hacer una cacería y una pesca irracionales, que han conducido a la desaparición de especies enteras de animales. Hace no más de treinta años, los ríos daban abundante comida de peces y quelonios; estos últimos prácticamente han desaparecido. Y tal y como van las cosas, es altamente probable que los animales domesticados por el hombre también desaparezcan de la faz de la tierra.

A este sistema económico no lo está derrotando, por lo menos en los países de capitalismo avanzado, el proletariado revolucionario del que hablaba Marx; lo está derrotando la naturaleza, aunque a un costo

enorme para la vida presente y futura. Y a propósito, señalemos un poco de paso, que exceptuando la revolución rusa de 1917, que fue la más cercana a una revolución proletaria, el siglo que ya casi concluye no ha conocido ninguna otra revolución proletaria. Incluso en la revolución rusa, los campesinos desempeñaron un papel enteramente decisivo. Eran de hecho los que estaban haciendo la guerra, contra la intervención imperialista que amenazaba a la Rusia de aquellos años. Como dice Mattick, "los obreros, que no constituían entonces más que una débil parte de la población, no tuvieron una influencia real sobre el carácter de la revolución rusa" (1). Y con mayor contundencia, reproduciendo palabras de Zinóviev, asienta:

No fue la vanguardia proletaria la que se batió a nuestro lado, la que decidió nuestra victoria, sino más bien el apoyo que nos concedieron los soldados porque nosotros queríamos la paz. Y el ejército eran los campesinos. Si no hubiéramos estado apoyados por millones de soldados campesinos, no habríamos vencido nunca a la burguesía (2).

De modo que en el más estricto sentido, durante este siglo el mundo no ha conocido una revolución proletaria. Mattick va aun más lejos cuando dice: "fueron los obreros y no la burguesía los que llevaron a cabo la revolución burguesa" (3). El mundo ha conocido ciertamente revoluciones populares, o dicho en otros términos, revoluciones hechas por las grandes masas del pueblo, y en este caso están todas las revoluciones habidas en nuestra época. Por lo tanto, teniendo presente el

curso real que la historia ha tomado y la situación de los países de capitalismo avanzado, valdría preguntar si es dable esperar en el mediano plazo la alternativa revolucionaria del proletariado, como solución a los problemas que el sobredesarrollo del capital ha producido. Cuestión abierta a la polémica. Aunque por otra parte, es bastante claro que lo que suceda en aquéllos, tiene decisiva repercusión en los países de menor desarrollo. Para éstos es un dato cierto, que ante el agotamiento de sus fuentes naturales de materias primas, el capital de las grandes potencias no hace sino virar hacia los países que las puedan tener o bien sus sustitutos o materias de recambio. Y en esta perspectiva no es poco lo que se está jugando, sino la posibilidad de preservar lo que la naturaleza ofrece a la vida humana. La civilización del capital deberá ser sustituida por la civilización de la simpleza, tanto en el consumo como en la producción.

Se sabe que el régimen del capital ha destruido y continúa destruyendo la naturaleza, y en los actuales momentos, es ésta también la que hace más difícil la valorización del capital. Como dice André Gorz: "la crisis actual del capitalismo tiene por causas un sobredesarrollo de las capacidades de producción y la destructividad, generadora de escaseces insuperables, de las técnicas empleadas" (4). Pareciera una idea más naturalista que histórica, pero nada que suceda en la historia puede dejar de tener consecuencias sobre la naturaleza. Por eso decíamos en líneas anteriores, que la naturaleza se encarga de ponerle al hombre límites insuperables o sólo superables al precio de po

ner en peligro la existencia humana misma. Y como mínimo puede mantenerse la confianza en que la humanidad no marche hacia su propia aniquilación. El hombre es parte del universo. El desarrollo humano no es sino la tendencia fundamental de apropiarse aquel universo, pasando por formas sociales de menor a mayor complejidad. Este es un proceso integrador y totalizante, el mismo que ha conducido a nuestro actual grado de socialidad. Sólo socialmente el hombre puede apropiarse el universo, aunque sin dejar de ser un ente natural. Le es dable hacer su propia historia, pero no llevarla hasta límites que representarían su total negación como ser humano.

El régimen del capital, decían los clásicos marxistas, ha simplificado los términos del acontecer histórico, al parir a dos clases antagónicas fundamentales y claramente identificables: la burguesía y el proletariado. Erigidas a partir del modo de producción, es decir, el modelo de relaciones productivas ratificables para toda sociedad capitalista (Zavaleta Mercado), han librado sus luchas con éxito variable para la una o para la otra y la lucha por supuesto continúa. Pero la dinámica de la producción capitalista, esencialmente violenta, pareciera acercarla hoy más a su límite natural que a su límite histórico. Y en esto para la burguesía ha contado siempre más su determinación de clase dominante, que sus propias determinaciones como simples seres humanos. La sinrazón se ha impuesto aquí por la fuerza y en contra de la razón sencillamente humana.

El régimen del capital convirtió al tiempo de la existencia his-

tórica, en un tiempo cuantificable de trabajo social. Aquí la cantidad es la norma y la directriz, de allí la violencia con la que se ejerce la producción capitalista. Se violenta para el trabajo al productor y también a la naturaleza convertida en medios de producción. El susodicho "ritmo acelerado de la vida moderna", tiene su razón última en el aceleramiento con que se da la producción. El capital en su desarrollo se olvida del hombre y de la naturaleza, éstos sólo cuentan como objetos para el trabajo. Nadie está negando aquí que se deba trabajar, pero una cosa es hacerlo para la realización humana y otra muy distinta para la expansión del capital y de su poderío.

Pero el tiempo histórico así forzado, que implica igualmente un forzamiento de los ritmos de la naturaleza, no puede sino producir catástrofes tanto para la vida social como para la naturaleza. Lo necesario para el capital, puede ser innecesario para la vida del hombre. Los cuantos del capital no tienen sentido para el todo social. Si la vida social puede bastarse con una magnitud menor de tiempo de trabajo, el excedente es un sacrificio inútil que empobrece y arruina la existencia. El tiempo socialmente necesario de trabajo, tiende históricamente a ser una magnitud decreciente para el capital. Este de lo que se apropia bajo la forma de plusvalía, es de tiempo excedente de trabajo, es decir, el remanente de lo que el obrero necesita para reproducirse y mantenerse como obrero. Pero el mismo desarrollo de la capacidad social productiva, da como resultado que se produzca lo necesario en menor tiempo, por lo que desde el ángulo social se cancela la

fuenta que nutre al capital. En resumidas cuentas esta es la pelea perdida del capital, a pesar de los enormes esfuerzos que pueda hacer para mantener ajustado a su ritmo el tiempo socialmente necesario de trabajo.

El tiempo histórico que el capital ha parido, dinamizado por el núcleo del tiempo productivo social, no gravita en el sentido de eternizar al régimen capitalista, sino en el sentido de su abolición. Sólo el capital magnifica la cantidad tiempo de trabajo social, pero ha habido sociedades que han producido menos, han trabajado menos y han vivido mejor. Por lo que si el ciclo histórico ha de cerrarse cambiando su forma, al tiempo de trabajo social convertido en valor por el capital, habrá de sustituirlo el no valor de ese mismo tiempo social de trabajo. No ha sido demostrado por la historia que la cantidad sea la única dimensión de lo humano. La envoltura capitalista cifra su proyecto en lo más, la historia general del hombre sólo lo puede cifrar en lo que es pertinente para el hombre. Tales son los términos y tal es la artificialidad de la relación productiva capitalista.

Por otra parte, la producción capitalista ha hecho del productor, un productor inútil para sí mismo. Nada o casi nada de lo que el obrero produce contempla el cometido de servirle en forma directa como satisfactor. El ciclo producción-consumo está mediado por el movimiento del mercado, lo que significa que aquel ciclo se completa, siempre y cuando los consumidores dispongan de la respectiva capacidad de compra. Los obreros producen zapatos, pero andan mal calzados; producen

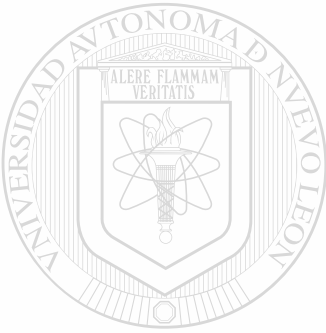
ropa, pero andan mal vestidos; producen alimentos, pero comen mal. Se trata, por lo tanto, de la producción de una riqueza ajena y extraña al productor. Lo hace dependiente del dinero, es decir, de su capacidad de compra y no de su capacidad como productor. Tal cosa lo conduce necesariamente a la inutilidad para sí mismo como productor. Todo su esfuerzo por transformar la naturaleza con su trabajo, no se traduce en plenitud del acto productivo y del acto de consumo, sino exactamente en lo contrario; miseria como productor e insatisfacción eterna como consumidor.

Por consiguiente, así como el capital violenta la producción, así también violenta el consumo. Para el capital el mundo debe consumir a fuerza, sea lo que sea y hasta las cosas más increíbles e inútiles. Si una familia puede comprar cuatro automóviles, otros tantos televisores o atiborrar el guardarropa, tanto mejor para el capital. Esta violencia sólo puede traducirse en el agotamiento prematuro de las materias naturales empleadas en la producción, y a renglón seguido, en la búsqueda a marchas forzadas de posibles sustitutos. ¿Quién le ha dicho a un país como México, que debe extraer en el menor plazo posible su petróleo? La estructura productiva fundada en el capital, nadie más. De esto están ausentes los trabajadores y el pueblo mexicano. Es el poder el que decide y nadie más que el poder. Cuando el petróleo se acabe, el pueblo mexicano seguirá estando más o menos igual de pobre. Ya pasó con el oro, con la plata, con el azufre, con nuestros mantos de aguas subterráneas, etc., etc.

La vida social que ha producido el capital, más bien está llena de insatisfacciones ante un mundo pleno de aparentes satisfactores. Para las grandes ciudades de nuestros días, por ejemplo, pareciera que nada habrá de ser suficiente para el vivir. Bien se piense en medios de transporte, abastecimiento de agua, conjuntos habitacionales, ejes viales, medios de diversión, clínicas y hospitales, etc., etc. La razón última de este gran desgarrate, es que el capital ha hecho del hombre un no ser; insatisfecho eterno y cada vez más necesitado. Por eso la propuesta de todos los tiempos, aunque definida con entera claridad para el productor en el régimen capitalista, es que el hombre pueda controlar su medio social; es decir, el todo de sus relaciones productivas. Sólo una propuesta de este tipo, sigue siendo, a pesar de todo, la que puede impedir el agotamiento de las riquezas naturales, y hacer que la historia no se desarrolle en el sentido de aniquilar el receptáculo primigenio de la vida humana: la naturaleza.

En resumen, el capital ha conducido a un desfaseamiento del tiempo histórico; es decir, ha forzado su marcha. Esto hoy remite a los límites fijados por la naturaleza a cualquier proyecto histórico. Y aquí aflora la estulticia de la civilización mercantil-capitalista: es la naturaleza la que se está encargando de poner claramente de manifiesto tales límites. Por eso es pertinente y legítima la lucha ecologista, que aunque no conlleve un proyecto para la toma del poder político, por su contenido esencial es una impugnación y una resistencia al régimen económico fundado en el capital. Y caben aquí todos los hombres

que aun conserven el mínimo de racionalidad, para no acompañar al capital en su inexorable declinación histórica.



UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN



DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

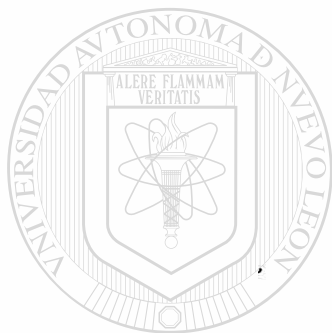
NOTAS

(1) Paul Mattick, Crítica de la teoría económica contemporánea, Mex., Ediciones Era, 1980, p. 224.

(2) Op. cit., p. 225.

(3) Ibid., p. 224

(4) André Gors, "Ecología y libertad. Siete tesis, una utopía", "Sábado" de Uno más Uno, 29/XI/1980.



UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

A MODO DE CONCLUSION

Tal vez sea pertinente decir algunas palabras sobre las líneas metodológicas y analíticas que animaron la elaboración de este trabajo, y del que por otro lado, pueden derivarse algunas inferencias finales.

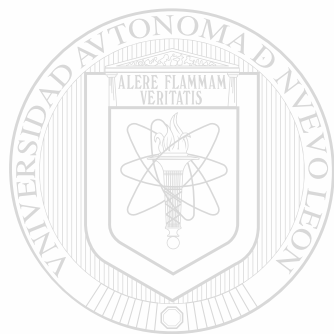
Todo el discurso explicativo tiene por base fundamental el tiempo de trabajo. Es en el régimen económico fundado en el capital, que el tiempo de trabajo es expropiado del control directo del productor, en razón de la existencia de la propiedad capitalista sobre los medios de producción. Pero la estrecha base sobre la que el capital funda su dominio, la apropiación de tiempo ajeno de trabajo (plusvalía), distorsiona tanto la amplitud del tiempo social global de trabajo como al tiempo libre. El tiempo libre, tiempo de no trabajo, emerge del desarrollo mismo de la productividad social del trabajo, y es a la par, y por la misma razón, la negación de lo que al capital es necesario mantener como tiempo de trabajo. Dicho con una ilustración: la clase obrera ha luchado en el curso de su historia, por la reducción de la jornada laboral. Hoy día la lucha se libra en torno de obtener una semana laboral de cuarenta horas o incluso menos. Esto es pues, que la clase obrera está luchando por apropiarse de su tiempo libre. Siendo éste un resultado de la productividad social, es ilegítimo económica e históricamente, que sea apropiado por los dueños de los medios de producción. La gradual apropiación del tiempo libre, habrá de estar presente en las luchas obreras del inmediato futuro.

Si luego introducimos conceptos de la teoría del valor, vemos también, que el capital hace de la magnitud tiempo de trabajo, la fundamental condición de su existencia. Pero los cuantos de tiempo de trabajo desarrollados por el capital, gravitan en el sentido de su propia abolición. Si la sociedad ha adquirido la capacidad productiva suficiente, para reproducir su vida en menor tiempo de trabajo, no puede ser sino a contrapelo de la historia, la propuesta del capital de mantener o incluso ampliar, la magnitud del tiempo de trabajo. Es la potencia productiva alcanzada, la que va haciendo supérfluo el mecanismo de la compra y la venta, y en consecuencia, el proceso de valuación social basado en el intercambio mercantil.

La producción es el nivel estratégico de cualquier tipo de sociedad. Por la misma razón, es ahí donde se pueden observar las líneas fundamentales del movimiento de lo social, y también, las causas del cambio de la historia. Por lo tanto, trabajo productivo es el que transforma con su acción a la naturaleza, pero en lo que respecta al modo de producción capitalista, el creador de valor y plusvalía. La producción es el sector dinámico de toda sociedad, y por supuesto, también de la sociedad capitalista.

Pero, finalmente, cualquiera que sea el tipo de relaciones sociales productivas existentes en un cierto momento histórico, se desarrollan, se estancan o se arruinan, teniendo como receptáculo a la naturaleza. De allí que también ésta junto con los hombres hacen la historia. Y como tal, es un ente activo al que no se le puede ignorar. Se-

ciudad humana y naturaleza conforman una unidad, la que el régimen del capital está quebrantando muy seriamente, poniendo con ello en peligro la supervivencia humana misma. Y aquí la razón tendrá que imponerse por sobre la sinrazón del capital.



UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN[®]
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

BIBLIOGRAFIA

Alfred Schmidt, El concepto de naturaleza en Marx, tr. Julia Ferrari de Prieto y Eduardo Prieto, Mex., Siglo XXI Editores, 1976.

Alberto J. Plá, La historia y su método, Barcelona, Editorial Fontana, 1980.

Anton Pannekoek, Lenin filósofo, tr. José Sazbón, Córdoba, Cuadernos de Pasado y Presente, # 42, 1973.

André Gora, Ecología y Política, Barcelona, El Viejo Topo, 1980.

Arturo Rosenbluth, Mente y cerebro una filosofía de la ciencia, Mex., Siglo XXI Editores, 1977.

_____, El método científico, Mex., La Prensa Médica Mexicana, Centro de Investigaciones y de Estudios Avanzados, IPN, 1971.

Carlos Marx, El capital, tr. Wenceslao Roces, Ts. I y III, Mex., PCB, 1971.

_____, Historia crítica de la teoría de la plusvalía, tr. Wenceslao Roces, dos tomos, Buenos Aires, Editorial Américariva, s. f.

Cristóbal Caudwell, Una cultura moribunda; la cultura burguesa, tr. Vicente Romano, Mex., Editorial Grijalbo, Col. 70, # 73, 1970.

Claudio Napoleoni, Lecciones sobre el capítulo sexto (inédito) de Marx, tr. Ana María Palos, Mex., Ediciones Era, 1976.

Clara González Gutiérrez, "El concepto de trabajo improductivo en Marx", revista Ideología y Sociedad, # 22, Bogotá, sep. de 1977.

Eli de Gortari, La metodología; una discusión y otros ensayos sobre el método, Mex., Editorial Grijalbo, 1980.

Ernest Mandel, Ensayos sobre el neocapitalismo, tr. Carlos Sevilla, Mex., Ediciones Era, 1971.

Estela Gutiérrez Garza, "La determinación económica de las clases sociales en el capitalismo", revista Cuadernos Políticos, # 16, Mex., Ediciones Era, junio de 1978.

Emile Durkheim, Las reglas del método sociológico, tr. Anibal Leal, Buenos Aires, Editorial La Pléyade, 1976.

Giovanni Arrighi, "Una nueva crisis general capitalista", revista Cuadernos Políticos, # 8, Mex., Ediciones Era, junio de 1976.

Henri Pirenne, Historia económica y social de la Edad Media, tr. Salvador Echavarría, Mex., PCZ, 1975.

Henri Poincaré, Filosofía de la ciencia, Mex., UNAM, 1978.

Heinz Rudolf Sontag y Héctor Valecillos (compiladores), El estado en el capitalismo contemporáneo, Mex., Siglo XXI Editores, 1977.

Isaak Illieh Rubin, Ensayos sobre la teoría marxista del valor, tr. Néstor Miguez, Córdoba, Cuadernos de Pasado y Presente, # 53, 1974.

Jaime Labastida, Producción, ciencia y sociedad: de Descartes a Marx, Mex., Siglo XXI Editores, 1977.

J. Zeleny, La estructura lógica de "El capital" de Marx, tr. Manuel Sacristán, Barcelona, Ediciones Grijalbo, 1974.

José Valenzuela Pejiño, "El estado y su burocracia", revista Problemas del Desarrollo, # 18, Instituto de Investigaciones Económicas, UNAM, Mex., julio de 1974.

Javier Martínez Bengoa, "Trabajo productivo y valorización del capital", revista Investigación Económica, # 138, Facultad de Economía, UNAM, junio de 1976.

José Luis Romero, La Edad Media, Mex., PCZ., breviarío # 12, 1970.

Jürgen Kuczynski, Breve historia de la economía, tr. Marcelo Ravoni, Mex., Ediciones de Cultura Popular, 1977.

Johs D. Barzal, La ciencia en la historia, tr. Eli de Gortari, Mex., UNAM, 1972.

Jean-Jacques Salomon, Ciencia y política, tr. Francisco González Arámburo, Mex., Siglo XXI Editores, 1974.

Karl Marx, Elementos fundamentales para la crítica de la economía política (borrador) 1857/1858, trd. de José Aricó, Miguel Marín y Pedro Scaron, vols. 1 y 2, Mex., Siglo XXI Editores, 1971.

_____, El capital libro I capítulo VI (inédito), tr. Pedro Scaron, Mex., Siglo XXI Editores, 1975.

Karl Korsch, Karl Marx, tr. Manuel Sacristán, Barcelona, Editorial Ariel, 1975.

_____, Marxismo y filosofía, tr. Elizabeth Beniers, Mex., Ediciones Era, 1977.

Ludovico Geymonat, Filosofía y filosofía de la ciencia, Barcelona, Editorial Labor, 1972.

Miriam Limcoiro Cardoso, La construcción de conocimientos, tr. Ana María Palos, Mex., Ediciones Era, 1977.

M. B. Kedrow y A. Spirkin, La ciencia, tr. José M. Bravo, Mex., Editorial Grijalbo, Col. 70, # 26, 1968.

M. Lebedinsky, Notas sobre metodología, Mex., Ediciones Librerías Allende, s. f.

Maurice Dobb, Estudios sobre el desarrollo del capitalismo, tr. Luis Etcheberry, Buenos Aires, Siglo XXI Argentina Editores, 1975.

Martín Nicolaus, Proletariado y clase media en Marx: coreografía hegeliana y la dialéctica capitalista, Barcelona, Cuadernos Anagrama, 1972.

Paul Mattick, Marx y Keynes. Los límites de la economía mixta, Mex., Ediciones Era, 1975.

_____, Crítica de la teoría económica contemporánea, Mex., Ediciones Era, 1980.

Paul M. Sweezy y Harry Magdoff, Dinámica del capitalismo norteamericano, Mex., Editorial Nuestro tiempo, 1972.

Paul A. Baran, La economía política del crecimiento, tr. Nathan Warrman, Mex., PCE, 1967.

Paolo Rossi, Los filósofos y las máquinas 1400-1700, tr. José Manuel García de la Mora, Barcelona, Nueva Colección Labor, 1970.

René Taton, Causalidad y accidentalidad de los descubrimientos científicos, tr. Isidoro Boix, Barcelona, Nueva Colección Labor, 1973.

Roman Rosdolsky, Génesis y estructura de El capital de Marx, tr. León Mames, Mex., Siglo XXI Editores, 1978.

René Zavaleta Mercado, "Clase y conocimiento", revista Historia y Sociedad, # 7, Mex., 1975.

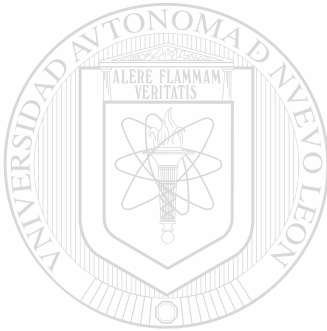
_____, "Las formaciones aparentes en Marx", revista Historia y Sociedad, # 18, Mex., 1978.

Rudolf Carnap, Fundamentos de lógica y matemáticas, Madrid, Taller de Ediciones Josefina Betancor, 1975.

Sergio Bagú, Tiempo, realidad social y conocimiento, Mex., Siglo XXI Editores, 1978.

Thomas S. Kuhn, La estructura de las revoluciones científicas, Mex., FCE, Breviario # 213, 1971.

Umberto Cerroni, Metodología y ciencia social, tr. R. de la Iglesia, Barcelona, Ediciones Martínez Roca, 1971.



UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

®



QUAN

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA GENERAL DE INVESTIGACIONES